

9968


VEN, TE CONTARE LO QUE DICE EL VIENTO

LITERATURA ORAL MIXTECA
DE LA ZONA NORTE DEL ISTMO DE TEHUANTEPEC

ÑUN SAVI



COLONIA ISTMEÑA SECCION EL ZAPOTE
MATIAS ROMERO, OAXACA.


DIRECCION GENERAL DE
CULTURAS POPULARES
UNIDAD REGIONAL OAXACA

PACMYC



Centro de Estudios y Desarrollo Educativo
de la Sección 22 del SNTE
(CEDES-22)

VEN. TE CONTARE LO QUE DICE EL VIENTO. ÑUN SAVI

VEN, TE CONTARE LO QUE DICE EL VIENTO

LITERATURA ORAL MIXTECA
DE LA ZONA NORTE DEL ISTMO DE TEHUANTEPEC

ÑUN SAVI

COLONIA ISTMEÑA SECCION EL ZAPOTE
MATIAS ROMERO, OAXACA.

 DIRECCION GENERAL DE
CULTURAS POPULARES
UNIDAD REGIONAL OAXACA

PACMYC



Centro de Estudios y Desarrollo Educativo
de la Sección 22 del SNTE
(CEDES-22)

BIBLIOTECA
CENTRO DE INFORMACION
Y DOCUMENTACION

Dirección General de Culturas Populares

Ven... te contaré lo que dice el viento

Dirección Editorial:
CEDES-22

Editor:
Manuel Ballesteros

© **D.R. Grupo Ñun Iavi**
Primera edición,
Febrero de 1996.



BIBLIOTECA
CENTRO DE INFORMACIÓN
Y DOCUMENTACIÓN

Dirección General de Culturas Populares

PRESENTACION

Hace más de treinta y cinco años que emigrantes mixtecos nos asentamos en la Zona Norte del Istmo de Tehuantepec. Oaxaca. Provenientes de diferentes municipios de la Mixteca Alta, en busca de mejores condiciones de vida, llegamos trayendo nuestras costumbres, tradiciones, lengua; en una sola palabra: **nuestra cultura**.

Actualmente es desalentador constatar que hemos seguido un proceso de aculturación. Y en vez de cultivar nuestros valores, olvidamos que tenemos una identidad con raíces prehispánicas.

Bajo estas circunstancias, jóvenes y adultos, amas de casa y campesinos, conformamos el Grupo Cultural "Ñun Savi" (*Pueblo Mixteco*), y presentamos esta versión en español de: **Ven... te contaré lo que dice el viento**, que es una muestra no acabada de nuestra literatura oral, donde se demuestra que a pesar de la fragmentación y mutación que ha sufrido, nuestra cultura mantiene la esencia de nuestro pensar profundo.

Durante la recopilación, traducción y revisión de la presente obra, nos dimos cuenta del valor que tiene el trabajo de equipo; de la inyección energética y moral que conllevan las palabras de aliento ante la adversidad, y el principio no claudicatorio de los compañeros que siguen en el equipo de trabajo.

Sólo nuestra insolvencia económica retrasó esta edición, que no habría sido posible sin el apoyo de diferentes personas, organizaciones e instituciones.

Agradecemos a las personas que generosamente sirvieron como fuentes orales de las comunidades de la Colonia Istmeña Sección El Zapote; Ejido Lázaro Cárdenas y en especial a los compañeros y compañeras mixtecas de la Colonia Hermosa Provincia, Palomares, Oax., porque sin más interés que el de colaborar para que nuestros valores salgan a la luz, nos relataron cuentos, leyendas y anécdotas.

También agradecemos a las Autoridades de Policía Municipal y de Tenencia de la Tierra de la Colonia Istmeña Sección El Zapote; por el apoyo brindado.



BIBLIOTECA
CENTRO DE INFORMACION
PRESENTACION



Al CEDES-22 del SNTE, ciudad de Oaxaca, por los trabajos de captura, formateo e impresión de los materiales, nuestro profundo agradecimiento.

En nuestro camino tocamos diferentes puertas en busca del apoyo financiero, e hicimos un paréntesis al encontrar dicho apoyo en el Programa de Apoyo a las Culturas Municipales y Comunitarias (PACMYC), a quien debemos esta publicación.

A la Unidad Regional de Culturas Populares, Oaxaca de Juárez, Oax., nuestro profundo agradecimiento, porque supieron valorar y apoyar nuestro trabajo y, nos permitieron avanzar de acuerdo a nuestro ritmo como grupo.

Y por último, honor a quien honor merece. Nuestro más profundo agradecimiento a la compañera Dora María Avila Betancourt, porque a pesar de nuestras limitadas atenciones para con ella, estuvo compartiendo con nosotros diferentes talleres para asesorarnos durante el Proyecto, y fue uno de los pilares para el feliz término de esta edición.

GRUPO CULTURAL ÑUN SAVI

Joel López Ortiz
Lucía España López
Soila Osorio Bautista
Lidia España Aparicio
Doroteo López López
Paula España Aparicio
Altagracia López Aparicio
Leodegario López García
Guillermina Ramírez Ortiz
Estanislao España Aparicio

**Colonia Istmeña Sección El Zapote
Matías Romero, Oax.
Febrero de 1996**

PROLOGO

Miles de años antes que las mujeres y hombres mesoamericanos lograran la domesticación del maíz, ya tenían construido un instrumento de comunicación: el idioma, la lengua. Por supuesto, habían rebasado los límites del lenguaje intuitivo y andaban ya desde hacía rato en terrenos del lenguaje convencional.

La construcción de las lenguas prehispánicas no fue ningún acontecimiento repentino, sino que fue consecuencia -como ocurrió con todas las lenguas- de cientos de miles de años de actividad humana; o sea, millones y millones de experiencias y actos lingüísticos individuales, que fueron sirviendo para expresar sentimientos o para nombrar las cosas, visibles e invisibles. Algunos de aquéllos se hicieron generales dentro del grupo o comunidad y de allí fueron adoptados por otros grupos (Cf. Swadesh, Mauricio, *El lenguaje y la vida humana*, FCE, México, 1ª ed. 1966, pp. 55-56).

Cuando los españoles llegaron al "nuevo mundo", nuestros antepasados, esas gentes que conformaban miles de pueblos, ya disponían de la lengua como un medio fundamental para ordenar, transmitir y reproducir su cultura, es decir, todos los saberes, conocimientos y creencias acerca del hombre, de la naturaleza y de los dioses.

En Mesoamérica, cientos de culturas ya tenían rigurosamente ordenado, mediante calendario y toda la cosa, el disfrute de la pintura, la música, el canto y de -naturalmente- la literatura, entre otras actividades hoy conocidas como "artísticas".

En la antigua cultura nahua, el desarrollo de esa capacidad para crear y disfrutar la dimensión poética de la existencia aparece asociada a los dioses (Quetzalcóatl, Ehécatl, Mayáhué, Tzitzimime) y a una bebida alegradora, el pulque:

"... los dioses dijeron entre sí: 'He aquí que el hombre estará (...) triste si no le hacemos nosotros algo para regocijarle y a fin de que tome gusto en vivir en la tierra y nos alabe y cante y dance'" (Cf. López Austin, A., *Los mitos del tlacuache*, Alianza Editorial Mexicana, 1990, p. 334).

Ello implicaba que esos pueblos, renombrados como indios o indígenas por los europeos, contaban con personas especializadas que ya tenían elaborado un complejo sistema teórico-conceptual, con sus respectivas instituciones, sus métodos pedagógicos, sus instrumentos didácticos, su filosofía, su estética y demás elementos de esa educación comunitaria hoy llamada "informal".

Desde luego, ese fenómeno social que actualmente se conoce como *literatura*, con sus libros, librerías, sus lectores, escritores, editores y derechos de autor, no existía.

Paulatinamente, las narraciones míticas van acompañándose con otro tipo de relatos cuyo fin era tener esparcimiento, divertirse, pasar el rato. Aparecen entonces los géneros en las literaturas indígenas.

Ahora el pueblo, ese ávido público, no sólo ordena y explica su existencia dentro de este complejo mundo, sino también goza, se educa y ríe a través de la palabra.

El "descubrimiento" de algunos sistemas clasificatorios en creaciones literarias orales en lenguas como la mazateca, náhuatl, tzotzil (hechas con "palabras puras", "palabras frescas", que sólo se pronunciaban en determinadas circunstancias), etc., habla del desarrollo que en este aspecto metalingüístico lograron las culturas indígenas.

Juan de Córdova, un fraile de la Orden de los Predicadores, publicó en 1578 un Vocabulario en lengua zapoteca. Allí, en términos como *tozaayatij*, *tónia*, *tochijnoa*, *tocóquàaya*: componer canto o canción; *tozaaxihuijatchaxihuij*, *tichahueniláchi*: componer mentiras, poner de su cabeza, forjar, etc., se entrevé un acercamiento a los géneros literarios prehispanicos.

Para la literatura zapoteca actual, existe una clasificación de los géneros literarios propuesta por Víctor de la Cruz, donde se incluyen *Libana* (sermón), *Didxagola* (proverbio, refrán), *Riuunda'* (canción), *Diidxaxihui'* (mentira). (Cf. De la Cruz, Víctor, *La flor de la palabra*, Premià Editora, México, 1984, pp. 16-21).

Hasta el momento desconocemos si entre los *ñuu savi*, al igual que entre los nahuas, la literatura surgió ligada al mito y a la religión. Desconocemos también sus sistemas clasificatorios, sus géneros literarios, etc.

Esta información sobre la antigua cultura *ñuu savi* se encuentra en varios códices prehispánicos, que son verdaderos libros, textos ilustrados, a color, donde se transmite no sólo información histórica, sino también aspectos que se relacionan con la cosmovisión, la educación, las normas y patrones de comportamiento individual y colectivo, las relaciones personales, familiares, comunitarias e intercomunitarias, las formas de organización social y política, etc., de nuestros antepasados.

La irrupción de los bárbaros europeos en estas tierras de Mesoamérica, no logró suprimir el proceso de desarrollo cultural de los pueblos sojuzgados, aunque lo interrumpió severamente. Sin embargo, 500 años después de ese fatídico tropiezo, la vitalidad cultural de los pueblos indígenas sorprende y, aún más, asombra, a las sociedades actuales ya no sólo por su capacidad de resistir sino porque, en sí mismas, las culturas mesoamericanas contienen elementos a partir de los cuales se están construyendo propuestas novedosas que permitirán a todos los paisanos, y a la humanidad entera, entrar al siglo XXI, año dos mil, en mejores condiciones.

De las palabras, exclamaciones, gestos y onomatopeyas pronunciadas por los antiguos sacerdotes o mito-poetas a las palabras con que viejos cuenteros como Manuel Yela (zapoteco, nacido en Ixtepec, Oax. c.1890-1975), don Zenón Ortiz (mixteco avecindado en el istmo desde hace más de 30 años), o el mismo viejo Antonio, renacido en las montañas de Chiapas a través del Subcomandante Marcos, han educado y divertido a generaciones enteras de paisanos, en zapoteco, mixteco o español.

Al recrear la cultura propia, las literaturas indígenas contribuyen de manera destacada en ese proceso de resistencia-liberación que vienen sosteniendo los pueblos indígenas de México, pese a la ceguera o necedad que persiste en algunas instituciones de la sociedad nacional.

Queda para los estudiosos, amantes y practicantes de la cultura *ñuu savi* el mostrarnos aspectos teóricos y prácticos de la literatura mixteca. Y mientras esto se realiza, te invitamos, amable lectora, lector o escucha, a que disfrutes algunos de los relatos mixtecos, traducidos al español, que actualmente circulan de manera oral entre los pueblos del Istmo de Tehuantepec, Oaxaca.

EL JORNALERO

Hubo un campesino muy pobre que vivía con su esposa afuera de la cuadrilla. Para poderse mantener, trabajaba a diario como jornalero. Un día se enfermó su esposa y como era tan pobre, no pudo curarla y ella murió.

Con la muerte de su esposa, el hombre quedó solo, acompañado por una perra que siempre le cuidaba la casa. El tenía que buscar una persona que le hiciera las tortillas, mas no todos los días la encontraba y en ocasiones compraba tortillas duras para mantenerse, pero aún así, no le alcanzaba el dinero y pasaban hambre.

Un buen día fue a trabajar, él sabía que a su regreso no encontraría qué comer, sin embargo, cuando volvió, su perra ladraba mucho, mirando con insistencia una bandeja vegetal (*ñeji*) que es muy común en la Mixteca; intrigado por los ladridos, el señor alcanzó la bandeja y vio que en su interior había muchas tortillitas aún calientes. "Si mi perra hablara, le preguntaría quién vino a dejar estas tortillas", pensó el hombre, y notó que le faltaba un puñado de maíz; los pocos trastes que había en la casa estaban limpios y las cosas estaban bien ordenadas.

Al amanecer del otro día se fue al trabajo, antes de salir le dijo a su perra que cuidara bien la casa, la perra se puso contenta y lo despidió, moviendo la cola y saltando; ya en la tarde cuando regresó, nuevamente su perra ladraba, viendo la bandeja, y al igual que el día anterior, él encontró tortillitas bien calientitas adentro; le intrigó mucho que fueran tortillas pequeñas, porque en la Mixteca se hacen tortillas grandes, del tamaño de un comal.

Al día siguiente, muy temprano, el campesino se fue al trabajo, una vez lejos, regresó y se escondió cerca de la casa, para ver llegar a la persona que ayudaba tan discretamente. Después de un buen rato, vio salir a su perra, que se asomó en el camino. No viendo a nadie, y para sorpresa del campesino, la perra se quitó el cuero como si lo tuviera sobrepuesto en su piel, lo dejó en un arbusto y corriendo se metió en la casa. Agarró un vestido de la esposa muerta y se lo puso; rápidamente

desgranó la mazorca, puso el maíz en la lumbre, atizó el fuego, quitó el nixtamal, lo molió en el metate y echó las tortillitas.

El señor, que se había acercado a la casa, vio a su perra convertida en una muchacha; corrió a esconderle el cuero para que no pudiera volver a su forma normal. Terminado el quehacer, la perra convertida en mujer salió en busca de su cuero; por más que buscó no lo encontró, y se puso a ladrar y a dar unos aullidos muy lastimeros.

Ya en la tarde cuando el campesino regresó, dentro de la casa encontró a la muchacha, la cual entre ladridos y palabras, le señalaba las tortillas que había hecho. Así el campesino pobre tuvo quien le atendiera por el resto de sus días.

Versión de Modesta Aparicio Chávez

EL HUERFANO

Era una familia pobre que nada más tuvo un hijo. Los padres se murieron por enfermedad y el niño se quedó solo; iba de casa en casa, haciendo mandados y le daban de comer. Como jugaba con otros niños, se dio cuenta que ellos gastaban dinero comprando todo lo que querían. En una ocasión les dijo:

—Qué buena es la vida con ustedes, pues tienen a sus papás y mamás, que les dan dinero y pueden comprar cosas para comer. Yo no tengo quién me dé dinero, y no puedo comprar cosas como ustedes.

—No son nuestros papás quienes nos dan ese dinero —le dijeron los niños.

—Nosotros vamos a trabajar con la gente rica, y con lo que nos pagan, compramos cosas para comer cuando salimos a jugar.

—¿Podré trabajar con ustedes si me voy de aquí?

—Claro, puedes irte si quieres, aunque tendrás que hacer trabajos más ligeros, de acuerdo a tu edad, los ricos siempre tienen muchos trabajos.

—Me iré para ya no regresar porque, tal vez, en las casas en donde me dieron de comer me reclamen, o me maltraten.

Y se fue del lugar en una mañana muy fría. Caminó mucho, pensando en su nueva situación, y ya cayendo la tarde, se detuvo cerca de una casa. Vio a un señor muy bien vestido y le habló:

—¿Usted no necesita un mozo que le ayude?

—Muchacho, hay varios trabajos, si te quieres quedar.

—Vine a quedarme, ya no podré regresar a mi pueblo; soy huérfano de padre y madre; estuve en muchas casas; ahora, quiero trabajar para tener dinero y comprar todo lo que quiera.

—Trabaja y te pagaré —le dijo el señor y así quedó empleado.

Un día, lo mandaron a traer agua a la entrada de un bosque; caminó una gran distancia, hasta que llegó a un lugar donde vio una grisácea y profunda poza. Como no llegaban los rayos del sol por lo tupido de la maleza, la poza se veía muy oscura; con mucho miedo, el niño cogió el agua y regresó a la casa.

Otra vez que lo mandaron a acarrear más agua, encontró lavando a la hija del señor. Al verlo, ella se alegró mucho, porque el lugar era muy solitario.

—¿No te da miedo venir por el agua?, está muy oscuro y se ve espantoso —le dijo ella, y él le contestó:

—Aunque me dé miedo, debo obedecer a mi patrón y venir por el agua ¿y tú, no tienes miedo?

—Sí, pero debo venir a lavar la ropa de mi casa. Ayúdame a sacar el agua, y cuando mi papá te mande a trabajar, yo también te ayudaré.

Muy aprisa el niño sacó el agua, pues no debía demorarse, y corriendo regresó la casa.

Desde entonces, muy seguido se encontraron en el ojo de agua. Ella lavaba la ropa y él acarreaba el agua para la casa. Pasó el tiempo y el niño se hizo un joven muy trabajador, y la niña, una muchacha muy hermosa. Entre ellos una bella relación floreció y en una mañana, cuando los jilgueros cantaban por los parajes agrestes llenos de flores, comunicaron al padre de la muchacha sus deseos de casarse.

El señor los escuchó atentamente y muy satisfecho les dijo:

—He visto cómo de la bandada de pájaros, hembra y macho se separan de los demás para aparearse; ustedes han crecido y estas tierras necesitan manos fuertes que las trabajen, pero como no tengo con quién acordar cómo va a ser este casamiento, será la iglesia quien decida por ustedes. Dentro de unos días, iremos a la iglesia y entrarán juntos; adentro, se separarán y cada quien estará en un ala cerca del altar; no levantarán la vista para verse, tampoco podrán buscarse. Si a la hora de la salida regresan al mismo tiempo como entraron, sólo entonces sabré que tú, muchacho, serás el esposo de mi hija; y sabré, hija mía, que tú serás la esposa de este muchacho. Así lo acordamos y será como si yo hubiera platicado con los padres de este muchacho, mientras, esperaremos hasta el día indicado.

El muchacho se puso muy triste porque la fecha estaba próxima. Llegado el día, se encaminaron al pueblo, entraron a la iglesia y se separaron como lo había indicado el papá de la muchacha. En su corazón, él

sentía una gran congoja, ya que podrían no regresar juntos y entonces no se casarían. Con estos pensamientos se puso a llorar, cuando de pronto, un chapulín se paró en su pecho.

—Muchacho, ¿qué te pasa que con pena lloras? —le preguntó el chapulín y él le contestó:

—¿Cómo no voy a llorar? Soy huérfano y mi patrón, que es muy rico, tiene una hija a quien yo quiero mucho, pero como no tengo a mis padres para que acuerden nuestro casamiento, esta iglesia decidirá nuestro compromiso. Entramos juntos, mas no podemos levantar la vista ni vernos, y temo que no sabré el momento que ella salga. Si no llegamos juntos a la salida de la iglesia, no podremos casarnos.

—No llores ni te aflijas, si ese es tu problema, yo me iré en esos muros. Cuando termine la misa y la hija de tu patrón se levante, yo nuevamente me posaré en tu pecho; en ese momento te irás a la salida y se encontrarán.

Con estas palabras, el muchacho se puso muy contento, secó sus lágrimas y esperó a que el chapulín volviera, si es que en verdad cumplía.

Después de un buen rato, el chapulín volvió, y luego se fue saltando de muro en muro; el muchacho se levantó en ese momento y, justamente en la puerta de la iglesia, encontró a su prometida. Felices regresaron a la casa del rico, y días después se casaron.

Versión de Modesta Aparicio Chávez

EL MENTIROSO PEDRO DE MALA Y EL CURA

Hubo una vez un señor llamado Pedro, que a causa de su pobreza fue a buscar trabajo con el cura del pueblo.

Al llegar saludó y dijo:

—Padre, ¿no tiene usted trabajo para mí? Soy tan pobre que si usted me da trabajo, podré comprar algunas cosas que comer.

—Esta bien, hijo mío —le contestó el cura—, ahora estoy sin leña y si quieres ir a recogerla, te pagaré.

—¿Así me iré, padre? soy tan pobre que no tengo con qué cortarla ni traerla.

—No, yo te daré mi hacha y mi caballo; desquebrajas la leña y regresas con la carga.

Dicho esto, el sacerdote ensilló al caballo, buscó el hacha más herrumbrosa de la bodega y se la dio a Pedro; éste montó el caballo y se fue.

El caballo caminó un tramo y ya no quiso seguir, Pedro trató de hacerlo avanzar y por más que lo intentó, apenas el caballo daba unos pasos, se regresaba, hasta que llegaron a la casa del párroco.

—Padre, padre, el caballo no quiere ir por la leña, se regresa porque le causo pena, está acostumbrado a que usted se vista bien y lleve buenos zapatos cuando lo monta; deme su ropa para que me cambie y así querrá caminar.

El sacerdote le dio sus botines nuevos, un pantalón y una camisa que Pedro se puso encima de sus harapos. Pedro montó y se fue.

Esta vez avanzaron menos que la anterior, regresaron y Pedro dijo:

—El caballo ya sabe que cuando usted lo monta, lleva dinero y como yo soy tan pobre y peso tan poco, no quiere caminar; deme usted todo su dinero si no, no caminará.

El cura dio todo su dinero a Pedro y éste se fue.

Con buenos zapatos, con buena ropa y mucho dinero, Pedro buscó una vara, apuró al caballo y ya jamás regresó.

Con el dinero que le dio el cura, compró pintura negra para cambiar el color del caballo, que era blanco; después, lo jaló de las riendas y empezó a caminar. Así lo llevaba cuando se encontró con el mismo cura del pueblo, y corriendo le saludó:

—Buenos días le dé Dios, padre. ¿Hacia dónde va usted, y a pie?

—Voy aquí cerca, hijo mío, ¿por qué se me hace conocido tu caballo?, su alzada, sus crines; es muy parecido a un caballo que yo tenía y que se llevó el mentiroso de Pedro, sólo que aquel era blanco y éste es negro.

—¡Ah! ¿sí, padrecito? pobre de usted, por eso viene a pie; yo quiero vender este caballo, lo compré para el trabajo, pero, si usted lo quiere...

—¿De verdad, hijo mío, lo quieres vender?

—Sí lo voy a vender, creo.

—Si es así, te lo compro, hijo mío.

El sacerdote pagó por el caballo y se lo llevó. Como era cuidadoso y limpio, diariamente bañaba el caballo comprado y se dio cuenta que cada vez, el animal quedaba más descolorido, hasta que un día quedó completamente blanco y reconoció al caballo que Pedro le había robado.

Versión de Amelia Castro López

EL MENTIROSO PEDRO DE MALA Y LOS DIABLOS

Pedro se fue con su hermano a caminar por la montaña, como por allá se quedarían a dormir, su hermano cargaba unas tablas para descansar, una vez cayendo la noche.

Llegaron al pie de un árbol muy grande y vieron que allí estaba bonito, había mucha limpieza, como si alguien siempre se quedara en ese lugar.

—Vamos a subirnos para ver quiénes vienen a quedarse, pues es seguro que alguien llega a descansar aquí —le dijo a su hermano y subieron al árbol con las tablas.

—Ahora estaremos muy quietos, sin hacer ningún ruido.

Y después de un buen rato, llegaron unos diablos que llevaban mucho dinero; tendieron una manta y sobre ella echaron el dinero para contarlos. Contaban lo que llevaba uno, contaban lo que llevaba otro, luego pusieron una olla para preparar la comida.

En eso, el hermano de Pedro quería defecar, y no aguantándose más lo hizo.

—¿Qué será lo que está en las ramas?, ¿será zopilote? o ¿qué animal será? porque nos está ensuciando —dijeron los diablos, y por más que buscaban no veían a los que se encontraban arriba, pues el árbol era muy frondoso.

Pasó un rato y el hermano dijo:

—¿Qué vamos a hacer, Pedro?, ya no aguanto más estas tablas, pesan mucho y creo que las voy a soltar.

—Cállate, porque si se dan cuenta los diablos que están allá abajo, acabarán por comernos —le contestó Pedro en voz baja.

—No, hermano, te digo que estas tablas pesan mucho y ya no puedo más.

Soltó las tablas, éstas rodaron hacia abajo, golpeándose unas con otras y provocando unos ruidos terribles.

—Parece que el cielo se desploma —dijeron los diablos y espantados corrieron del lugar, quedando solamente uno de ellos, quien se preguntaba qué había ocurrido y miraba para todos lados.

En ese momento Pedro bajó del árbol y sacando su navaja, agarró la lengua del diablo y se la cortó de un tajo. Herido y más espantado que los demás, se fue corriendo para alcanzar a sus compañeros, dejando todo el dinero que habían llevado.

Pedro y su hermano, muy contentos de haber espantado a los diablos, recogieron todo el dinero y se marcharon del lugar.

Versión de Amelia Castro López

JUAN PEREZOSO

Juan se llamaba el hijo único de un jornalero, quien trabajaba con un rico. Un día, el jornalero llamó a Juan y le dijo:

—Ya estoy viejo y no podré seguir trabajando, tú ocuparás mi lugar, así tendrás comida y techo; el patrón te aceptará sin pretexto, porque he sido su hombre de más confianza en cuanto a siembra se refiere.

Llegó el momento en que el jornalero falleció; el rico se encargó de su entierro. Los peones, con el dolor de haber perdido a un gran compañero, y el rico a un gran trabajador, todos acompañaron el entierro y nadie trabajó ese día, situación no muy común entre los peones y el patrón.

Al día siguiente, el rico llamó a Juan y le comunicó:

—Seguirás en el trabajo que dejó tu difunto padre y espero que seas trabajador, como él lo fue.

La cocinera le sirvió el almuerzo, también le prepararon comida para el medio día y se fue a su labor.

Ese día, Juan no hizo nada debido a que era perezoso. Diariamente un capataz revisaba todos los trabajos y se dio cuenta que Juan no trabajaba. Por la amistad que tuvo con el padre de Juan, nada comunicó al rico.

Así transcurrieron los días, meses y años, Juan no cambió su hábito. Iba al campo, se recostaba en la sombra de algún capulín; llegado el medio día comía, y ya cayendo la tarde regresaba a la choza que ocupaba.

El capataz ya no lo consintió y avisó al rico, quien mandó llamar a Juan y cuando estuvo presente, le dijo:

—¿Por qué no has querido trabajar?, ¿te pasa algo?, ¿mis sirvientes no te han atendido?, dime lo que ocurre.

Juan no respondió, simplemente movió la cabeza.

Para entonces, ya se había ganado el apodo de Juan Perezoso. La cocinera le entregó comida para el camino y fue despedido.

No sabiendo hacia dónde dirigirse, caminó con rumbo indefinido; después de un buen tramo, lo alcanzó un arriero, se hicieron compañía durante dos días con sus noches y a la tercera noche, Juan soñó que un ángel le hablaba:

—Juan, despierta, vamos a platicar un rato, si me prometes cumplir al pie de la letra lo que voy a decirte, serás un gran trabajador y si no, nada te diré.

Entre sueños y con una sonrisa, Juan respondió:

—Sí.

El ángel le siguió diciendo:

—Mucho cuidado, no vayas a desobedecer porque entonces nada lograrás. Regresa por donde viniste y solicita trabajo, tú mismo pondrás las condiciones, que serán: Primero: no pedirás comida durante un día. Segundo: no lavarás tu ropa durante ocho días. Tercero: que te asignen un vigilante para que reporte el avance de tu trabajo durante un mes. Sólo así se convencerán de tu trabajo, mas las cosas no quedarán allí. El rico te pondrá una prueba definitiva y tendrás que realizarla solo; si haces lo que he indicado, pasarás la última prueba sin problemas.

En ese momento, Juan se despertó con ansiedad y esperó a que amaneciera para regresar.

Cuando llegó nuevamente con el rico, siempre bajo la mirada burlona de los demás peones y jornaleros, le pidió trabajo, con las condiciones que él mismo dispuso, según su sueño, y le fue concedido. Paso a paso, cumplió las condiciones, y la prueba definitiva del rico fue encomendarle que fuera a la casa del otro vecino rico y con mucha precaución descubriera un cofre grande, lleno de monedas de plata y las contará, para saber quién de los dos era más rico. Le dio la dirección y Juan se dirigió al lugar indicado.

Cautelosamente llegó hasta el sótano de la casa grande y contó una a una las monedas. Antes de rayar el sol regresó a casa de su patrón y le dijo:

—Usted tiene más monedas de plata que el otro rico.

Satisfecho de la misión, el rico casó a su hija con Juan. Años más tarde, murió el rico sin ningún pendiente, porque Juan Perezoso se volvió muy trabajador y todos lo respetaban; sin embargo, los más viejos sirvientes, peones y jornaleros, siempre que lo veían se decían: “ahí va Juan Perezoso”.

Versión de Viko Savi

UNA HISTORIA EN UN LIBRO

Este era un señor que tenía una hija. Muchos pretendientes llegaban de todas partes para pedir su mano, pero el papá no arreglaba con ellos porque quería casarla con un hombre rico.

Hasta que un día llegó a pedirla un señor muy rico, acompañado de su familia, quienes venían montados en briosos caballos de montura refinada y con herraduras en los cascos, lo cual no era muy común en el pueblo.

El papá arregló de inmediato el casamiento de su hija con el hijo mayor de aquella familia. Estos le dijeron:

—Para ese día, vendremos por ustedes; traeremos caballos y todos irán con nosotros y jamás nos separaremos.

La familia de la muchacha se puso muy contenta por haber arreglado el matrimonio, ya que así tendría la oportunidad de irse de esos lugares y ya no pasarían hambre.

Ese mismo día, la muchacha llevó su burro al arroyo para que bebiera agua, después lo ató en donde había buen pasto. Ella quedó largo rato pensando en su próximo casamiento y se dio cuenta que su burro no comía; parecía decaído y triste; entonces se acercó al burro, lo acarició y le preguntó con ternura:

—¿Qué te pasa?, ¿por qué no quieres comer?, si tú comes muy bien este pasto.

El burro, sacudiéndose la cabeza y las orejas, para su sorpresa le contestó:

—A mí nada me pasa, quien tiene problemas eres tú.

—¿Qué tengo?

—Para ti, los ricos que vinieron a pedirte son buenos, pero en realidad ellos te traerán problemas, porque no son gente normal, ellos son lo maligno. Prometieron a tus padres caballos para ustedes, mas tú no debes aceptar la montura que te den. Les dirás: "No montaré en ese caballo, yo montaré en mi burro"; dicho y hecho, me ensillarás y yo te guiaré por la vereda que es más corta y ellos se irán por el camino grande, que no tiene regreso. Aunque te griten que vuelvas, no hagas caso, yo te llevaré porque eres buena y no debes ir a donde ellos van.

Llegado el día, regresaron los ricos. Sus caballos tenían buena montura, las espuelas tintineaban y resonaban sus herraduras, sacando chis-

pas al golpear el empedrado. Indicaron a la familia que se montara en los caballos; los padres, ni tardos ni perezosos, se subieron bajo la mirada siempre burlona de los ricos. La muchacha se negó a hacerlo y rápidamente ensilló a su burro, quien feliz, paró más las orejas; se montó y el burro caminó lo más rápido que podía por el atajo pedregoso. Ellos tomaron el camino ancho y por más que gritaban para que ella regresara con el burro, ya no regresó.

Como a medio camino, la muchacha escuchó ruidos extraños y retumbos, entonces preguntó a su burro:

—¿Qué está pasando, por qué se escuchan esos ruidos y retumbos?, hasta los pajarillos y demás animales se esconden asustados.

—Así tiene que pasar, así lo previeron ellos, así se fueron tus papás y si no hubieras venido conmigo, tú ya no estarías aquí; ellos jamás volverán, se han ido para siempre. Vamos, vamos, no te pongas triste, yo te llevaré a un lugar seguro.

—¿Ahora qué haré para mantenerme, para comer y vivir? Sin mis padres no sé qué hacer.

—No te preocupes, te guiaré adonde puedas trabajar.

Y siguieron adelante.

Llegaron a la casa de un hombre rico, pero gente normal, y amablemente los saludó. Para entonces, el burro ya le había dicho: "Cuando hayamos llegado con ese señor, le pides que te dé prestado su rifle, e irás a la cacería y así matarás a un venado, no vayas a matar a una hembra, tiene que ser un macho y con el machete le cortas lo que el macho tiene, cosa que la hembra no tiene, haces un preparado, te lo tomas todo y te convertirás en un hombre. Así podrás trabajar para ganarte el sustento".

Después de saludar al rico, le pidió su rifle; se internó en el bosque y en ese momento encontró un venado macho; le disparó y el venado cayó. Hizo lo que había dicho el burro y de este modo se convirtió en un hombre. La muchacha regresó y pidió trabajo con el rico. Este le entregó palas, barretas, zapapicos y hachas para que le ayudara en trabajos pesados; pero ella no podía hacerlos porque no estaba acostumbrada y con tristeza confió al burro:

—¿Qué haré?, es muy pesado el trabajo y tengo fuerzas de una mujer, a pesar de mi apariencia.

—No te desanimes, trabaja despacio, trabaja con calma, pues vale más maña que fuerza, y poco a poco irás dominando el trabajo.

Así lo hizo, aprendió a agarrar las herramientas, cómo levantar los costales de maíz y pronto hizo las mejores faenas y levantó buenas cosechas.

El rico se sintió orgulloso de él y le ofreció la mano de su hija:

—Te doy a mi hija por esposa; serás mi yerno y cuando yo muera, te quedarás con mis tierras, con mi casa y mi riqueza. Tengo hijos ya grandes, pero son flojos y acabarán por vender todo.

Ella reflexionó sobre el ofrecimiento, mas no pudo revelar su condición de mujer disfrazada de hombre. Aceptó casarse con la hija del rico y siguió trabajando. Con el tiempo, se le murió el burro y entonces pidió a su suegro:

—Se murió mi burro y lo voy a enterrar, pobrecito de mi burro, a él le debo este trabajo, dame un pedazo de tierra para enterrarlo.

—Cava la tierra y haz como es tu deseo —le contestó el suegro.

Buscó el lugar más bonito y allí enterró a su burro. Pasaron ocho días, el rico fue a caminar por sus tierras y en un rincón, donde el burro fue enterrado, vio el suelo removido. Allí habían crecido flores muy hermosas, nunca vistas en esos campos. Con sorpresa, se acercó y dijo:

—¡Qué bonitas flores! ¿por qué crecerían aquí?

De pronto vio entre las flores un libro, lo recogió y lo empezó a leer.



En el libro estaba escrita, de principio a fin, la historia de su yerno y se dio cuenta que a pesar de su apariencia, era una mujer.

La fue a buscar y le dijo:

—¿Porqué no me habías dicho que eras mujer? Yo te di herramientas para hombres y los trabajos más pesados; si hubieras confiado en mí, de todas maneras te hubieras quedado a trabajar con nosotros. Pobre de ti, cómo has sufrido, pero tú has tenido la culpa, y como dice tu historia, hoy mismo irás de cacería y matas a un venado hembra. Harás lo mismo que hiciste para convertirte en hombre y de nuevo serás una mujer.

Para entonces, la hija del rico ya sabía la verdad, pero guardó el secreto y convivieron con su supuesto esposo como hermanas, en la casa que su papá les dio para vivir.

La muchacha fue y mató a un venado hembra, en cuanto tomó el compuesto, según estaba escrito en el libro, volvió a ser una mujer normal y tan hermosa como las flores que crecieron en donde fue enterrado el burro.

El hijo mayor se enamoró de ella, y rico aceptó que ésta siguiera trabajando; así, el muchacho flojo hizo un gran esfuerzo por estar cerca de ella, y como siempre la encontraba en el campo, pronto aprendió a trabajar. Con el tiempo se casaron y cuando el rico murió, la muchacha y su esposo se quedaron al frente de la casa, del trabajo y de las tierras.

Versión de Amelia Castro López

EL CONEJO Y EL MUÑECO DE CERA

Este era un campesino que había sembrado frijol; nacieron las plantas pero un conejo no las dejaba crecer, porque se las comía y comía.

El campesino fue a ver el frijolar y al regreso comentó con su esposa:

—No sé qué voy a hacer, ya no tendremos frijoles porque se los está comiendo el conejo; no sé qué hacer.

Ella repuso:

—Piensa en lo que harás, porque sembraste frijoles para nosotros, no para que se los coma el conejo.

—En ese caso, hoy mismo formaré un hombre de cera, y lo pondré en el frijolar, a ver qué sucede.

Buscó la cera de la colmena y la amasó muy bien, le dio la forma de muñeco y lo puso en el frijolar.

Cayendo la noche llegó el conejo saltando y silbando con alegría, al ver al muñeco le habló:

—Está usted, tío, está usted, tío, ¿me dará de comer unas hojitas de su frijolar?, porque tengo mucha hambre, por eso vine tío. Me va a responder o ahorita verá.

Y como el muñeco no le contestaba, le dio un golpe en la cara y se quedó pegado.

—Suelte mi mano, tío, le pedí unas hojas de su frijolar y usted me agarró la mano, yo le vine a hablar y no me contesta —le dijo el conejo y le pegó con la otra patita delantera y se quedó pegado.

—¿Qué, no me va a soltar?, deme unas hojas de su frijolar y suelte mis manos. Si no me contesta le daré una patada —le dio un punta pie y su pie se pegó en la cera.

—Le daré con el otro pie si no me suelta, le hablo y no me responde, tan sólo me agarra y me agarra —le dio otra patada.

—Si no me deja ir, tengo dos orejas para pegarle —golpeó al muñeco con una de sus orejas y también se quedó pegada.

—Tengo otra oreja. Se pegó también.

—Tengo mi rabo para defenderme.

Y así se quedó completamente pegado.



Al amanecer, el campesino fue a ver su frijolar y cuando encontró al conejo pegado en el muñeco de cera, dijo:

—Sí, sí, ahora sí qué bien comiste, tú solo estabas acabando con mi frijolar —lo despegó y se lo llevó para su casa; en cuanto llegó le dijo a su esposa:

—Mujer, aquí traigo a quien se ha comido nuestro frijolar, y qué flaco está, ni siquiera pudo engordar con todo lo que se ha comido —y se lo entregó a su esposa.

La señora puso a calentar agua y lo alineó diciendo:

—Qué flaco estás, ni para un bocado vas a alcanzar.

Así, el campesino pudo librarse del conejo, mas su frijolar ya no retoñó y esa temporada no cosecharon frijoles.

La anterior es una versión contada por la señora Modesta Aparicio Chávez, sin embargo existen otras versiones como la de Amelia Castro López, quien termina el relato de la siguiente manera:

Una vez que quedó completamente pegado, el conejo empezó a gritar. El campesino fue a ver su milpa y lo encontró pegado en el muñeco de cera; lo despegó, así vivo, y se lo llevó para su casa.

Iba muy alegre porque al fin había agarrado al conejo y éste ya no iba a comer más su milpa; mas, en ese momento el conejo le habló:

—Ay, ay, suelte usted tantito mi mano, tío, porque está muy lastimada y sujéteme menos apretado, porque me castiga mucho.

El campesino, queriendo darle el último gusto, aflojó sus brazos y el conejo, retorciéndose, de un salto escapó de sus manos y se fue corriendo.

EL CONEJO, EL BURRO Y EL COCODRILLO

En la orilla de una laguna estaba un cocodrilo que llevaba días sin probar bocado y tenía mucha hambre. En eso, llegó un burro a beber agua y el cocodrilo le dijo:



Amigo burro, has de saber que tengo un amigo y hace años que no lo veo. Como sus familiares ya no vienen a esta laguna, amigo, hazme el favor de cargarme hasta la casa de mi amigo, el conejo.

Como el burro no sabía que el cocodrilo era el más feroz enemigo del conejo, con amabilidad le contestó:

—Podré llevarte si así lo quieres; te subirás en mi lomo y te llevaré a la casa de nuestro amigo.

El burro se metió al agua, de tal manera que el cocodrilo pudiera subirse en su lomo, y se pusieron en camino, hasta la madriguera del conejo.

En esos momentos, el conejo no se encontraba. Muy temprano había salido a probar hierbas frescas, hierbas que guardan el rocío y que son su comida favorita.

Como no encontraron al conejo, el cocodrilo le pidió al burro que esperaran y se metió arrastrándose hacia atrás en la madriguera. Abrió lo más que pudo sus

mandíbulas para que cuando el conejo entrara corriendo: ¡zas! se lo tragara enterito.

Después de mucho rato, el conejo llegó corriendo, silbando y saltando feliz, porque tuvo tiempo de hacer miles de travesuras a los animalitos del monte. Y en cuanto lo vio, el cocodrilo se dijo:

—Ya viene, ahora no se escapará.

Pero al conejo no se le puede engañar tan fácilmente, y antes de llegar a la puerta de su madriguera, vio las enormes fauces del cocodrilo, que lo estaba esperando y le gritó:

—Trágate la cola, si puedes —y se fue corriendo.

El cocodrilo, retorciéndose para seguirlo, se atoró en la madriguera del conejo, que era muy angosta, y pidió al burro que lo sacara y éste lo jaló tan fuerte de los dientes, que varios se le cayeron, quedándose chimuelo.

Cuando estuvo afuera, nuevamente pidió al burro que lo llevara a la laguna; el burro se echó en la tierra y el cocodrilo corriendo se subió. Así el burro se fue levantando lo más despacio que podía, mas el cocodrilo se resbaló una y otra vez, hasta quedar irreconocible, lleno de tierra y hojas secas. Al verlo, se pensaría que era un animal desconocido, no estudiado aún por el hombre.

Pasado el medio día, logró agarrarse fuertemente del burro y regresaron a la laguna. Una vez que llegaron a la orilla, el burro dijo:

—Aquí te bajaré, ya no puedo más.

—Vamos, otro poco, no puedo nadar en la orilla, necesito más hondura para moverme —le contestó el cocodrilo, porque quería comérselo.

Como no pudo probar al conejo, trataba de engañar al burro y llevarlo hasta el hondo del agua y allí ahogarlo. Pero el burro, que también era listo, dio un paso y lo dejó caer de espaldas; salió corriendo del agua y cuando volvió la cabeza, vio al cocodrilo con la panza arriba y le rebuznó:

—Vaya, tampoco me pudiste comer —y con trotes y saltos se alejó de la laguna.

Versión de Amelia Castro López

EL CONEJO Y EL COYOTE

En la orilla de un río estaba sentado un conejo, cuando llegó un coyote. Como tenía hambre y se lo quería comer, le dijo:

—Amigo conejo, ¿qué haces aquí, tan triste?

El conejo le contestó:

—Estoy descansando y he pensado en las cosas que nos ponen en peligro; por eso estoy triste.

—Yo también estoy así, aunque la razón de mi tristeza es otra, pues, tengo hambre y no sé qué hacer para conseguir alimento; decidido me puse a caminar y mero donde estás descansando llegué. ¿Me puedes decir cómo conseguir comida?

El conejo contestó:

—Aquí hay, sólo que tengo las manos muy cortas y no la alcanzo, pero tú, que las tienes más largas, podrás agarrarla; ven y mételas para que alcances el pan que está en el agua, porque yo también tengo mucha hambre.

—Está bien, lo sacaré para los dos.

Como tenía mucha hambre, contento se acercó a la orilla del río, se agachó para meter las manos y por más que las bajaba, no lograba alcanzar el pan.

—¿Por qué no lo puedo agarrar, si dices que mis manos largas lo van a alcanzar?

—Sí lo vas a alcanzar, estira más tus manos, y no tengas miedo aunque se mojen —le dijo el conejo.

Y estando inclinado el coyote, estirando sus manos para alcanzar el pan, que no era otra cosa que el reflejo de la luna en el agua; el conejo huyó del lugar para que el coyote no se lo comiera. Rato después, el coyote se dio cuenta que estaba solo pero todavía se quedó esperando al conejo, por si volvía para poder comérselo. El conejo ya no regresó y muy enojado, el coyote se retiró del lugar.

Pasaron varios días y casualmente se encontraron otra vez. El coyote, muy enojado, reclamó al conejo su engaño:

—Ahora que nos encontramos de nuevo, te comeré, conejo mentiroso. Ese día me engañaste que había pan en el agua, por más que estiré los brazos no lo pude alcanzar y hasta me caí en el agua y no encontré nada. Te estuve esperando y no regresaste; ahora te voy a comer.

—¿Cómo? si no sé nada —le respondió el conejo—, tampoco te conozco ni hemos platicado; es más, todo el tiempo he estado aquí, deteniendo esta piedra tan grande para que no se caiga. Imagínate, si yo me quito de aquí, rodaría y mataría a muchos animales y personas. Observa el tamaño de la piedra, por esta razón la estoy deteniendo.

—No te creo, eres muy mentiroso, así era el conejo con quien yo hablé y eres tú —respondió el coyote.

Y el conejo le volvió a decir:

—No he sido yo, seguro que fue uno de mis hermanos; somos tres. Nos parecemos tanto que somos del mismo color. Ven, siéntate y escucha: detén esta piedra, voy a levantarme e iré en busca de comida para los dos. Será fácil, sólo pondrás rígido y fuerte el cuerpo, detén la piedra y en un momento regreso.

El coyote, convencido, se quedó sosteniendo la peña con tal de que el conejo le llevara comida. Pasaron las horas y el coyote sintió cansancio de tanto apretar su cuerpo, y sentía más hambre. Como el conejo no regresaba, pensó: "Tengo mucha hambre y ya no aguanto más".

Poco a poco fue aflojando el cuerpo y de pronto dio un salto y otro salto, y se alejó con temor de que la peña lo aplastara, pero la peña siguió fija en su lugar.

Tiempo después se volvieron a encontrar, entonces el coyote más enojado, dijo al conejo:

—¡Ahora!, ahora sí te voy a comer, ya son dos las veces que me has engañado, ahora te comeré.

—No, no, no nos hemos encontrado ni hemos platicado, ¿cómo es el conejo con quien has platicado?, porque contigo no he tenido ningún trato —contestó el conejo y el coyote siguió diciendo.

—Eres tú, no finjas, porque en este mismo momento te voy a comer, conejo mentiroso.

—No, no, seguro te has encontrado con alguno de mis hermanos y me confundes con ellos. Nos parecemos mucho, somos tan iguales que te has confundido.

—No te creo, eres tú, te reconozco.

—Está bien, si tienes hambre voy a compartir mi comida contigo. Ven, vamos a hacer música. Habrá una gran fiesta y nos darán de comer con tal de que no se detenga la música; lo vamos a hacer así —y el conejo tamborileó en el panal de los abejones.

Pasó un buen rato y el coyote empezó a impacientarse porque no llegaba nadie para la fiesta, y viendo el conejo que había peligro de que se lo comiera, le dijo:

—Sigues haciendo la música, primero suavemente y cuando escuches que ya estamos cerca por los tronidos de los cuetes, viento y bulla, entonces lo harás más rápido y fuerte, para que cuando te oigan te den más comida, mientras, yo iré a alcanzar la comitiva, no sea que vayan a perderse en el camino.

El conejo se marchó y el coyote se quedó haciendo la música. Golpeaba con sus manos suavemente en el nido de los abejones, y éstos zumbaban enojados y se escuchaba como si fuera una gran orquesta allá adentro.

Al poco rato, se escucharon ruidos, tronidos, bulla y sopló el viento; el coyote, bailando y tamborileando dijo:

—¡Que viva el conejo, ahora sí trae a la comitiva para la fiesta y habrá de comer!

Empezó a bailar con más fuerza y a golpear con las manos en el nido de los abejones. Cuando se dio cuenta ya estaba rodeado por el fuego, pues el conejo le había prendido lumbre al monte y los abejones le picaban todo el cuerpo; entonces el coyote se lanzó al fuego, queriendo escapar, y murió.

El conejo esperó a que la lumbre se apagara y se acercó adonde el coyote había estado haciendo la música, y lo vio quemado, con los dientes pelados. Entonces dijo:

—¡Qué bárbaro! cómo se le ve el hocico a tu tío.

EL COYOTE ENFERMO

Este era un coyote que estaba muy enfermo, con el tiempo se fue recuperando, pero todos saben que cuando se ha estado enfermo se tiene ansiedad de comer carne, y el coyote tenía esta ansiedad. Como conocía donde llegaban las andariegas gallinas y los presuntuosos pollos; fue a acecharlos y en cuanto se descuidaban, trataba de cazarlas; sin embargo, nada lograba, porque los perros de la granja eran muy bravos y apenas gritaban las gallinas o cantaba desafinado algún gallo, ladraban y salían en busca del intruso.

Por fin los perros lo encontraron, lo correataron muy lejos; como todavía no estaba bien, el coyote se cansó de tanto correr y se paró a tomar aire; en eso lo encontró uno de los perros y con gran pena el coyote dijo:

—Discúlpame, debes saber que he estado muy enfermo y tengo muchas ganas de comer carne, por eso busqué la manera de cazar a los pollos que cuidas y me encontraste, discúlpame, no me hagas daño, ¡ay! pobre de mí, estoy muy cansado porque no tengo qué comer.

A lo que el perro contesto:

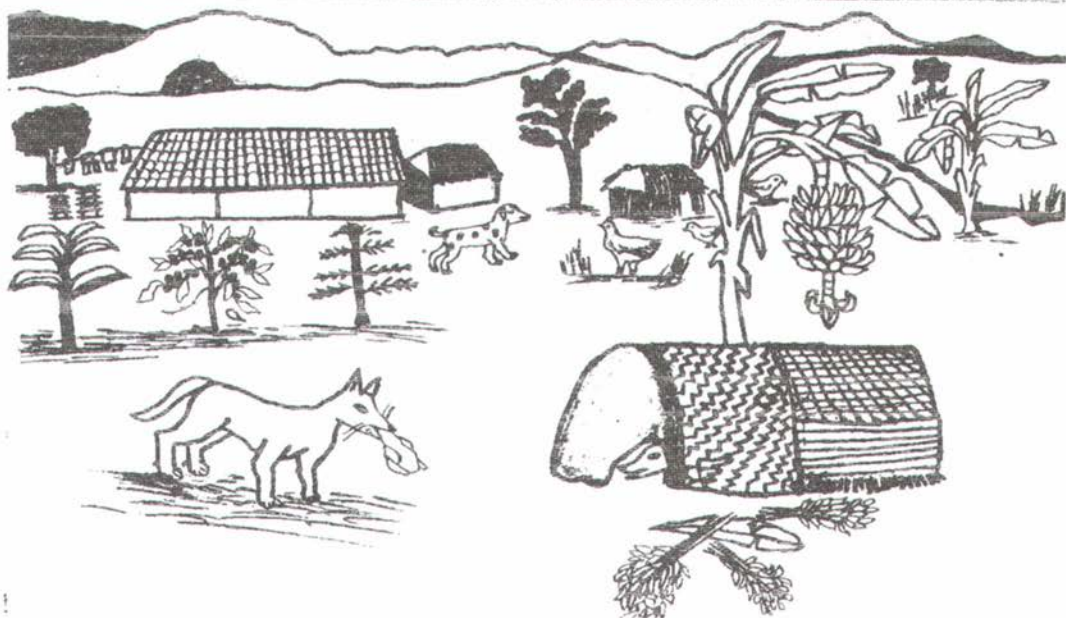
—¡Ah! ¿sí? bueno, sé dónde puedes conseguir comida, pero tienes que esperar aunque tengas mucha hambre. Mañana como a esta hora vendrás a mi casa, habrá fiesta y mi amo matará muchos pollos.

Así lo platicaron.

—Yo vigilaré tu llegada porque mis compañeros son muy bravos y si te ven llegar, te atacarán. No temas, te esperaré y en cuanto llegues, te buscaré un escondite seguro y llevaré un pollo cocido para que lo puedas comer y así te recuperes.

Al día siguiente, en la hora acordada, el coyote con las ganas de comer el pollo llegó puntual. El perro, que lo estaba esperando, lo escondió dentro del *baño torito** de su amo.

* *Baño torito*: baño de vapor de los *ñuu savi*, construido con arcos de palo, que se cubren con hojas y cobijas. Es usado para los convalecientes y las recién aliviadas.



—Aquí te esconderás, no vayas a salir ni hagas ruido; enseguida te traeré lo que vas a comer —le dijo el perro y se fue.

En esos momentos, los sirvientes y el dueño de la casa estaban sacando la carne para servir la mesa en cuanto llegaran sus compadres. Sacaban y sacaban pollos; ya tenían tres bandejas y en ese momento llegó el perro.

—Alejen a ese perro, no sea que vaya a llevarse la carne —dijeron las mujeres que estaban allí, y ni cuenta se dieron cuando de un salto se llevó un pollo entero en el hocico.

—¡El perro! cuiden bien porque ahí va el perro con un pollo en el hocico, bien advertimos —gritaron las mujeres.

—Dejen a mi perro que se lo lleve. Pobrecito, gracias a que cuida muy bien a mis pollos nada les ha pasado, que se lo lleve y se lo coma, pobrecito, es muy bravo —les contestó la dueña del perro, mientras éste corría hasta donde se encontraba el coyote.

El coyote se comió la carne, remascó los huesos y al terminar dijo al perro:

—¿Ahora, qué hacemos? con el pollo que comí me ha dado mucha sed.

—Espérate —le dijo el perro— ¿tomarás el mezcal si voy a traerlo?

—Con esta sed, si me lo tomo —le contestó el coyote y el perro salió corriendo.

Estaba una señora encargada de servir el mezcal para brindar en la fiesta, cuando llegó el perro y con el hocico, agarró una botella de medio litro con mezcal.

—¿Qué hace ese perro, que se lleva la botella con mezcal? —dijeron las personas invitadas y entre risas una de ellas contestó:

—Tiene que tomar, como se ha comido un pollo entero, tendrá mucha sed —y así, entre risas y reclamos de los invitados y los sirvientes, desapareció el perro.

Como no se detuvo hasta llegar al escondite del coyote, le entregó la botella:

—Ten, para que tomes, pero no vayas a gritar como lo hacen los borrachos, ni platiques; quédate en silencio y en cuanto termines vendré para llevarte; si mis compañeros se dan cuenta, te irá muy mal.

El coyote tomó y tomó. Cuando vació la botella, regresó el perro, a quien le dijo:

—¿Qué vamos a hacer?, tengo muchas ganas de gritar y aullar.

—Ya te advertí. No vayas a gritar, porque mis compañeros andan cerca y te pueden tratar muy mal —le contestó el perro.

El coyote, no aguantándose más, empezó a gritar y a aullar dentro del *baño torito*. En ese momento salieron los demás perros, y el amo, con el rifle en la mano, empezó a seguirlo.

El coyote salió corriendo; corrió mucho, hasta encontrarse muy lejos. No lo alcanzaron. Aunque cansado, y todavía un poco débil por la enfermedad, logró escaparse, gracias a la comida.

Versión de Amelia Castro López

TROCOLIN

Un pastorcito cuidaba a sus borregos, los llevaba al campo para que comieran hierbas frescas. Cierta día, apareció un coyote hambriento, quien inmediatamente se dirigió a uno de los borregos para atraparlo, mas éste fue a reunirse con el hato y todos se echaron a correr, asustados. Como todos los borregos eran jóvenes, con agilidad escaparon hacia el campo accidentado en donde había peñascos, paredones y hondonadas. Pronto se cansó el coyote; no los alcanzó y con mucha pena estiraba las patas adormecidas, ya que estaba viejo. El pastorcito, dándose cuenta de su condición, dio un fuerte grito y el coyote huyó sin haber comido.



El dueño de los borregos, con el temor de que el coyote volviera, consiguió prestada una escopeta de casquillo y vigiló a sus borregos como veinte días, juntamente con el pastorcito.

Transcurrido un mes, el coyote regresó y se dirigió al pastorcito, diciéndole:

—Ahora sí vengo a pedirte un gran favor, quiero que me regales un borrego para saciar mi hambre; ya estoy muy viejo y no consigo comida.

El muchacho respondió:

—Sí, voy a dártelo, pero no ahora, ya que me costó tiempo traerlos y cuidarlos para que pastaran; mañana muy temprano te esperaré en mi choza, cuando llegues me enseñarás la cola por la rendija, para reconocerte, y te regalaré un borrego.

Hecho el trato, el coyote fue en busca de Trocolín, que era un coyote joven, para que muy temprano fuera a recoger el borrego prometido, porque el viejo coyote no aguantaría con el peso.

Trocolín aceptó cargar con el borrego a cambio de compartirlo con el coyote viejo, y llegado el momento, ni tardo ni perezoso, se dirigió a la choza del pastorcito. Tocó la puerta y preguntó:

—¿Está listo el encargo para llevármelo?

Desde adentro el muchacho le respondió:

—Primero debes enseñar la cola por la rendija.

Trocolín no sabía lo que le estaba esperando: el pastorcito había invitado a un amigo y con él trazó un plan para escarmentar al viejo coyote. Mostró la cola por la rendija y entre los dos amigos se la jalaban, tratando de meterla en una olla con agua hirviendo; como no lo lograban, muy quedo se dijeron:

—¿Qué te parece?, jalaremos más su cola para alcanzar la olla.

Así lo hicieron y metieron la cola de Trocolín en la olla. Trocolín hacía esfuerzos por liberarse y no soportando el dolor empezó a gritar:

—Ay, ay, ay, mi cola se está quemando.

Por fin le soltaron la cola y el pastorcito le dijo:

—Ahora podrás llevarte el borrego.

El joven coyote ya no le hizo caso y se fue corriendo, le dolía mucho la cola quemada, la cual al instante se despellejó. Una vez que entró a la cueva del coyote viejo, quien esperaba ansiosamente la llegada del borrego, le contó lo ocurrido, mostrándole la cola despellejada. En ese momento al coyote viejo se le quitó el hambre, mientras que el coyote joven se revolcaba a causa del dolor.

Con el tiempo, los dos coyotes olvidaron el incidente. Al joven coyote no le sanó la cola del todo, y en la actualidad los coyotes merodean el campo con sus colas medio chamuscadas.

EL COYOTE SIN CUERO

—Puse a cocer esta carne, voy a buscar maíz para comer y luego vengo
—dijo una señora a sus hijos y se fue.

Con el hambre que tenían los niños, quisieron probar la carne y cuando la tocaron se oyó:

—¡Coyote!

—Parece que habló —dijeron los niños.

La volvieron a tocar y otra vez se escuchó:

—¡Coyote!

Asustados, los niños esperaron a su mamá y cuando ella regresó le preguntaron:

—¿Qué carne compraste? ¿porqué al tocarla habla?

—¡No digan tonterías!, tampoco olviden que siempre comemos carne en buen estado.

En eso, la señora tocó la carne y tal como le dijeron los niños, la carne habló:

—¡Coyote!

Volvió a tocarla y la carne habló otra vez; entonces la señora, muy asustada, tiró la olla con la carne de coyote que le habían vendido.

Así tirada la encontró un zopilote y se la quiso comer, mas la carne del coyote le dijo:

—No me comas, zopilote, mejor ve a recoger mi cuero para ponérmelo y conseguiré un buen borrego, que comeremos los dos.

El zopilote se fue y ya no regresó con el cuero. La carne del coyote, muy enojada, fue en busca del zopilote para comérselo, porque no le había llevado el cuero.

Cuando por fin lo encontró quiso reclamarle y comérselo; pero fue el zopilote quien enojado la regañó, pues quería comérselo sólo por no haberle llevado el cuero.

Y cuentan que antes de que llegara la carne, el zopilote ya se había comido el cuero del coyote y tan sólo la estaba esperando para comérsela.

Versión de María España García

LA PICHUACA Y EL PAJARO CARPINTERO

La pichuaca, conocida también como correccaminos, se encontró con un pájaro carpintero en una montaña; luego empezaron a platicar; el carpintero le dijo a la pichuaca:

—¿Qué hace, mi buena amiga?

La pichuaca contestó:

—Por aquí, caminando, ¿qué haces por estos lugares, mi buen caballero?

—Haciendo lo mismo; qué traje tan hermoso llevas puesto, te ves muy bonita.

—Claro, me veo muy guapa con mi traje y sus adornos.

—¿Qué te parece, amiga pichuaca, me darás prestado tu traje para ver cómo me queda?

—Claro que sí, te lo voy a prestar.

La pichuaca, para burlarse del pájaro carpintero, le entregó su traje. Una vez que se puso las ropas, el carpintero preguntó cómo se veía, y la pichuaca le respondió que se veía muy bonito. Al escuchar estas palabras, el pájaro carpintero dijo que iba a tomar agua al arroyo; se fue y no regresó más, para desconsuelo de la pichuaca.

A partir de entonces, el plumaje de la pichuaca es del pájaro carpintero, y el plumaje del pájaro carpintero es de la pichuaca.

La pichuaca sale a buscar al pájaro carpintero en las noches de luna y le grita:

—Caballero, caballero, dame mi vestido y mi sombrero.

Así va gritando, para que le devuelvan su vestido y su sombrero.

La pichuaca sale de noche a buscar al pájaro carpintero, porque le da pena llevar puesto un traje tan horrible, pero no lo va a encontrar, pues el carpintero sale de día.

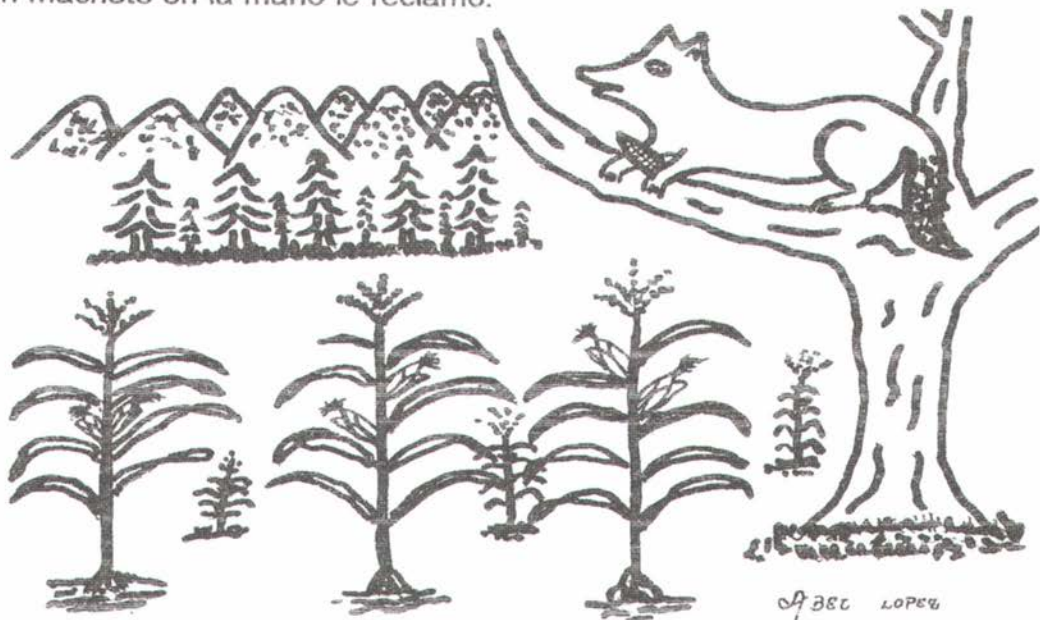
Versión de Florencio Crestón de la Garza

EL TEJON VIEJO

El tejón es uno de los animales que más afectan a la milpa, comiendo los elotes y las mazorcas. Un campesino había sembrado maíz cerca de una montaña en la que habitaban tejones, con frecuencia vigilaba el sembradío y en una de sus rondas, vio a un tejón viejo que se dirigía a la milpa; el animal tomaba todas las precauciones para no ser sorprendido y dándose cuenta de que la milpa todavía no jiloteaba, se dijo:

—Esperaré otros tres meses, entonces ya habrá tiernos elotes para mis débiles dientes.

Pasaron los tres meses y el tejón con ansia se dirigió a la milpa, su fino olfato le anticipó los sazones elotes y una vez en la milpa, tumbó varios; en el momento que estaba comiendo llegó el campesino, quien con un machete en la mano le reclamó:



—Ayer estuve aquí y no había daños, ahora te encuentro con los elotes, eres el único responsable de todo esto.

El pícaro tejón le contestó:

—Vine hace tres meses, la milpa estaba tierna; bien valió la espera porque los elotes están muy sabrosos, solamente comí un poco, con confianza puedes contarlos mientras termino con este. Debes saber que estoy muy viejo, ya no tengo los dientes completos y aparte de eso, los sabrosos y blancos granos se confunden con mi dentadura, si no fuera chimuelo comería más.

El dueño de la milpa se enojó; y le iba a asestar un golpe con el machete cuando el tejón le interrumpió:

—No me mates, discúlpame, es la última vez que hago daño y cuando llegue el día, como todos, me iré para siempre de aquí.

Ante estas palabras, el campesino le tuvo compasión; inmediatamente y con coraje, contó treinta elotes que había tirado el malvado tejón, mientras éste se daba un festín y a cada mordizco se le caían los últimos dientes que le quedaban.

Versión de Viko Savi

EL ZOPILOTE Y EL HOLGAZAN

Un señor muy flojo iba todos los días a chapear su parcela.

Diariamente su esposa le llevaba la comida al medio día, y siempre lo encontraba sentado o durmiendo, cuando él terminaba de comer, ella regresaba a la casa. Más tarde llegaba el señor muy cansado, como si hubiese trabajado mucho.

Todos los días era lo mismo, sentado o acostado veía siempre a un zopilote que bajaba a un árbol cercano. Observaba al zopilote, que extendía las alas, asoleándose con mucha tranquilidad y sin pena.



El señor se puso a pensar: “¿Por qué el zopilote está así nomás en el árbol, sin hacer nada? ¡yo no puedo vivir si no trabajo!”

Esto pensaba y decidido habló al zopilote:

—Qué afortunado eres, creo, porque así posado en el árbol vives. En cambio yo no puedo vivir si no trabajo.

El zopilote volteó a verlo y le respondió:

—¡Ah!, ¿sientes que sufres mucho?

El señor contestó:

—Sí, sufro mucho porque tengo que trabajar para poder vivir.

—Si te parece que sufres mucho, hacemos un cambio: me das tu ropa y yo te daré la mía. Así, tú te convertirás en zopilote y yo me convertiré en hombre; podrás volar como yo y ya no tendrás necesidad de trabajar para vivir.

—¿Es cierto lo que me dices?

—¡Claro que sí, es más, no te costará conseguir de comer, nosotros, los zopilotes, cuando de comer se trata conocemos las señales; verás, en donde hay mucho humo hay más comida y en donde hay menos humo, hay poca comida.

Con esta explicación, el campesino creyó que convirtiéndose en zopilote ya no trabajaría, y convencido aceptó la propuesta. El zopilote se puso muy contento, ya que pasaba hambre pues no podía trabajar, dada su condición.

El ave, ya convertida en hombre, se puso a trabajar muy duro. Cuando llegó la esposa con la comida, le dijo:

—Ven a comer, ya traje la comida.

El zopilote convertido en hombre dijo:

—Casi no tengo hambre, pero voy a comer un poco.

Al llegar donde estaba la comida, él se quedó parado y la señora le dio un taco, diciéndole:

—Siéntate y come.

El hombre contestó:

—Tropecé con un palo y me he lastimado el pie, por eso no me puedo sentar.

Claro que esto era un pretexto del hombre, pues sus rodillas no se doblaban debido a su anterior condición; a la señora le extrañó ver el trabajo de su esposo y preguntó:

—¿Por qué te apuras tanto en trabajar ahora? Siempre te encontraba sentado o dormido.

El respondió:

—Ahora sí tengo prisa, quiero terminar el trabajo cuanto antes.

Una vez que terminó de comer el señor zopilote, la señora regresó y él siguió trabajando. Cuando cayó la tarde él se fue a la casa; llegando no

sabía qué hacer ni qué decir y se sentó en el patio, la señora al verlo, le llamó:

—Vente, ven a cenar.

El contestó:

—Casi no tengo hambre, me siento muy cansado, pero voy a cenar. Cuando entró a la casa, la señora percibió un olor muy fuerte y dijo:

—Te bañas, porque hueles muy mal, creo que no te has bañado.

—Es mi sudor, porque trabajé.

Así pasaron los días, el zopilote siguió trabajando; aunque se cansaba, ya no sufría hambre. Mientras tanto, al hombre que tomó su lugar, le fue mal y arrepentido regresó al mismo árbol en donde habían acordado el cambio; tenía hambre, porque todas las veces que quería comer iba en donde había las señales que le indicara el zopilote, y lo que encontraba eran animales muertos y descompuestos y él estaba asqueado; mas el zopilote no le quiso devolver la ropa, y aunque estuviera arrepentido de haber sido tan flojo, ya no pudo volver a su estado normal.

Versión de Guillermina Ramírez Ortiz

EL MAGUEY

Sucedió hace muchos años con una familia que no tuvo hijos. Vivió en Tee Kuú, Yucuhiti. En aquellos días, según las tradiciones, se celebraba una fiesta del pueblo de Yucuhiti, que en un principio se asentó en Ñuu Ntu'ú, hoy Pueblo Viejo.

A uno de los señores le correspondió la Mayordomía. La familia había acordado que el esposo llevaría las tortillas a casa del Mayordomo, para regresar ese mismo día en la tarde.

Después de los preparativos, el señor se marchó a la fiesta y su esposa fue a pastorear las ovejas. En la tarde, cuando encerró a sus animales, ella entró en la casa a esperar; de vez en cuando se asomaba, para ver si su esposo venía por la vereda que baja de la peña Yu Kava.

El esposo no llegaba. Cayó la noche y la señora salió una vez más, en ese momento vio una luz que venía en la cima de Yu Kava; la luz bajó rápidamente, la mujer pensó: "ya está de regreso, no se ha emborrachado porque viene muy aprisa para descansar". En ese tiempo, se acostumbraba caminar con la luz de los ocotes en las noches cerradas. La señora vio cómo la luz cruzó el arrollo de Tee Kuú y se acercaba muy rápido a la casa. Ella se metió corriendo, por las rendijas vio llegar a su esposo con un ocote prendido. El le preguntó qué había de cenar. La señora respondió que había preparado chilatole, ya que no había otra cosa; y dejó su ración en caso de que volviera. El esposo indicó que le atendiera; ella sirvió y él reclamó que el atole estaba muy picoso, no se podía comer.

Extrañada por tal comportamiento, ya que es costumbre que los chilatoles se preparen picosos y se coman con tortillas, observó que él no se acomodaba bien en el burrito, que es un asiento pequeño, tallado con figuras de animales. Su posición era como de un muñeco de trapo; traía un calzón de manta con dobleces hasta las rodillas, también vio que su presunto esposo no tenía coyunturas y pensó: "este no es mi esposo, ¡Quién sabe quién será! Es alguien que me viene a engañar", agarró un plato con chilatole y lo echó en la cara del sujeto, agarró otro plato y se lo

vació en la espalda cuando iba en la puerta. El presunto esposo se fue corriendo en la noche y decía con fuertes alaridos:

—¡Chilili matoli, chilili matoli!

Asustada, la señora cerró la puerta diciendo:

—Mi esposo y yo comemos muy picoso el chilatole, afortunadamente me di cuenta que no era él, si se hubiese quedado esta noche no sé cómo hubiera yo amanecido. Y ya no esperó más.

Con el susto y pendiente del ser que vino a engañarla, apenas cerraba los ojos, despertaba una y otra vez, hasta que amaneció. Ya avanzada la mañana, abrió la puerta, entonces vio que en un peñasco cerca de su casa estaba un maguey silvestre, en sus pencas quemadas y marchitas, había residuos del chilatole.

Comprendió que el maguey se había convertido en su esposo para engañarla, porque en esos tiempos, algunas plantas tomaban figura humana si con ansia se esperaba a alguien, o se convertía en algún animal para engañar a las personas.

Más tarde llegó el esposo, y con recelo, no sin antes cerciorarse de que en verdad era él, le reclamó su tardanza.

Hasta hoy en día, los abuelos aconsejan no esperar a los familiares que se encuentran fuera de la casa, o de la comunidad, para no ser engañado por las plantas.

Versión de Modesta Aparicio Chávez

YOSONICAJE

Cuentan los abuelos que hace muchos años, los Nuu savi (Mixtecos) se dispersaron en la Mixteca Alta; un grupo de ellos llegó a un lugar en donde había mucha vegetación de pinos y ocotes, entre otros árboles. Tenía una vista muy amplia de norte a sur, y a lo lejos se divisaba la peñasquería.

Una vez que encontraron ese lugar, buscaron terrenos para la siembra de maíz; los Principales hallaron suficiente terreno y se organizaron en cuadrillas.

Cierta tarde, después de un día duro de trabajo, regresaron a sus casas y en la rama de un ocote vieron a un (*colo yuva*) que cantaba. Hicieron comentarios diciendo que aquel guajolote real era un animal con plumajes muy hermosos, como su canto.



Ellos no hablaban el castellano, tampoco sabían leer ni escribir porque su lengua era Nuu savi, y muy impresionados por el canto del guajolote real, pidieron a los ancianos que celebraran pláticas para buscar el nombre del lugar en su propia lengua. Asimismo, los trabajadores de la cuadrilla que vieron al guajolote real, opinaron que el lugar debería llamarse como el ave que vieron en la rama del ocotal en aquella tarde. Los ancianos, en su reunión, dijeron:

—El lugar se llamará Yoso Tini Cají.*

Lo platicado no lo escribieron, sino que pasó de generación en generación, hasta nuestros días, de manera oral.

En la actualidad, el nombre de la comunidad está un poco amestizado y oficialmente se llama Yosonicaje, Municipio de Santa María Yucuhiti, Distrito de Tlaxiaco, Oaxaca.

Versión de Viko Savi

* Yoso, se traduce: posado; Tini o Tivi: animal hermoso y Cají: canta o parlotea.

LOS NIÑOS HUERFANOS

Este era un señor a quien se le murió la esposa. Como era trabajador, pronto se volvió a casar. Pasó el tiempo, la familia criaba un marrano que se engullía todo, como comía más alimento del que podían darle, cierto día, el hombre dijo a su mujer:

—Vamos a matar al cochino, porque come mucho y cada vez tenemos menos comida —a lo que la mujer contestó:

—Sí, lo vamos a matar, pero verás qué haces con tus hijos. Yo ya no los quiero ver, no me agradan y causan muchos problemas; si te deshaces de ellos, mataremos al cochino y lo comeremos solos, sin que los niños molesten.

El hombre al escuchar a su mujer se puso muy triste, pues quería mucho a sus dos niños y al día siguiente les anunció:

—Hijos, vamos a caminar un rato, luego regresamos para almorzar.

Como los pequeños habían escuchado la plática que tuvieron el papá y la madrastra, se prepararon para dejar señales por donde pasaran y encontrar fácilmente el camino de regreso.

Cuando se marcharon, el niño iba tirando cal por todo el camino. Caminaron entre los arbustos, peñascos y recodos. Casi se terminaba la cal cuando llegaron a un lugar solitario, en donde solamente se escuchaban los cantos de los pájaros y ruidos de otros animales. El papá les dijo:

—Quédense aquí, dentro de un rato vendré por ustedes.

Los niños se quedaron esperando a su papa. Como no volvía, buscaron el camino de regreso, y así llegaron a su casa. La mujer y el papá estaban cenando un rico guisado de cochino. Ella, en cuanto vio a los niños, muy enojada, reclamó al marido:

—Te pedí que fueras a perder a tus hijos. ¿por qué están aquí otra vez? ¡No has obedecido!

Seguro que a la mujer en esa misma noche le hicieron mala digestión el cochino y el coraje, porque al día siguiente se encontraba pálida como el comején y tan agria como las moras verdes.

Después del almuerzo, el papá nuevamente llamó a sus hijos. Les indicó que lo siguieran. Se fueron por todo el camino, luego se desviaron entre los arbustos, peñascos y recodos.

Esta vez, los niños llevaban maíz, que fueron tirando por todo el camino, y se internaron en una montaña. Entonces, el papá les dijo:

— Aquí se van a quedar y más tarde volveré por ustedes.

En vano esperaron los niños, cuando decidieron regresar, por más que buscaron el camino de regreso no lo encontraron, porque los pájaros, el mapache y las hormigas se habían llevado el maíz.

Llorando, los niños empezaron a gritar una y otra vez, en todos los tonos:

— Papá, papáaa...



El señor ya no fue a buscar a sus hijos. Desde entonces escuchamos al pollo montés, que con su canto y con sus gritos, recuerda a los niños huérfanos que en vano estuvieron buscando a su papá.

Versión de Amelia Castro López

EL PAPA BORRACHO

En un pueblo llamado Zaragoza, Yucuhiti, vivió una familia rica, que tuvo tres hijos: dos hombres y una mujer. Al paso del tiempo, el papá empezó a tomar mucho, como se emborrachaba muy seguido, se gastó todo el dinero y vendió sus tierras para seguir tomando.

Los hijos se hicieron grandes y decidieron trabajar con su papá; como no sabían que había vendido las tierras, le dijeron:

—Papá ¿qué hiciste?; ¿porqué siempre estás metido en la casa? levántate y vamos a trabajar, no hay de comer, pobres de nosotros, tenemos hambre.

Cuando ya se iban al trabajo, les dijo:

—Hijos, ya no tenemos terreno para trabajar, lo vendí todo y gasté el dinero que me dieron.

Al escuchar lo anterior, los muchachos se pusieron muy tristes, pues no había forma de recuperar su patrimonio.

Cierto día, la mamá enfermó, entonces los hijos propusieron al papá ir todos a buscar plantas para curarla. En aquel tiempo no se conocían los médicos ni los medicamentos; la gente se curaba con plantas y sabían cómo usarlas. Como el papa se negara a ir con ellos, partieron solos. Aunque consiguieron la planta curativa, la mamá ya no se salvó porque su enfermedad estaba muy avanzada; quedándose el papá muy arrepentido de todos sus actos.

Versión de Lucía España López

UN HOMBRE QUE NO DEJO A SU HIJA CASARSE

Este fue un hombre que en su matrimonio tuvo una hija, ella creció hasta hacerse una muchacha; pronto llegaron a pedirle la mano. Mas el papá no quiso arreglar con nadie porque era hija única.

Así llegaron de otras partes y por el mismo motivo no aceptó casarla. Corrió la voz de su actitud; ya nadie fue a pedir a la muchacha en matrimonio; ella se hizo adulta y siguió soltera.

Un día, el papá se enfermó. Pasó el tiempo e iba adelgazando; por fin, ya no aguantando más, murió.

La esposa, la hija y algunos familiares iniciaron los preparativos del velorio. Una o dos horas después de haber muerto, el hombre revivió. Su esposa, extrañada por lo sucedido, le preguntó:

—¿Qué te pasó? ¿cómo es que volviste, si ya estabas muerto?

—Volvi porque tres niños, pero que no son niños comunes, pues visten como sacerdotes; más bien, son pequeños sacerdotes, no me dejaron seguir mi camino. Me reclamaron con tristeza por qué no casé a nuestra hija; a causa de esto ellos no pudieron venir a la tierra; están sufriendo y yo soy culpable porque creyendo que le hacía un bien a nuestra hija, no la dejé casarse y yo tengo la culpa de que los tres niños que visten como sacerdotes, no pudieron estar con nosotros.

—Cuando yo quise llegar a la morada de Dios, nuestro señor; uno que parecía santo, estaba en la entrada y a él le pidieron los niños que no me dejase pasar, diciéndole: "No dejes pasar a ese hombre, no aceptes recibirlo; que regrese y sufra como nosotros estamos sufriendo; nosotros íbamos a nacer en la tierra, así lo creímos, y no permitió a nuestra mamá casarse; no pudimos nacer y aquí estamos padeciendo. Que él sufra, para que se dé cuenta cómo sufrimos. El y nosotros vamos a sufrir el mal que ha hecho y así pagará su culpa". Es así como regresé —dijo a su esposa y a su hija.

Contó otros detalles de los niños y del lugar donde estuvo y al terminar su relato, murió; esta vez para siempre, porque ya no revivió.

Versión de Amelia Castro López

LA NUERA POBRE

Un hombre rico pidió la mano de una bella muchacha pobre para que se casara con su hijo. En su hogar servían las mejores comidas; sin embargo, desconocían las verduras, los quelites y legumbres que comen los pobres.

Una vez que hubo casamiento, enseñó a su nuera a comer con cubiertos los sabrosos platillos. Ella se dijo: "Es mucho problema ser rico", y no resistiendo más la comida, enfermó.

La atendieron los mejores médicos del lugar, cada vez le daban nuevos medicamentos y aún así, se puso más lánguida y triste. Un día ya no quiso comer y, con urgencia, el rico fue a buscar a su compadre pobre, que vivía lejos, y cuando llegó a la casa, sin saludar le habló:

—¿Qué vamos a hacer, compadre? Nuestra hija se ha enfermado y ya no quiere comer. La han visto los mejores médicos, ha tomado los mejores medicamentos y no se compone. ¿Cómo la mantenías compadre? Cuando vinimos estaba llena de vida, mas ahora está irreconocible. Debe volver con ustedes, si se compone, vendremos para llevarla.

El compadre le contestó:

—Sí, será mejor que regrese, ya veré qué hago con ella, ¡ah!, qué muchacha tan delicada me está saliendo, no parece pobre.

De esta manera, llevaron a la muchacha nuevamente a su casa. Una vez que llegó, su mamá le ofreció un plato de hierbamora y con los ojos saltones de alegría, ávidamente comió.

Así pasaron tres, cuatro meses y la muchacha se fue recuperando sin más medicamentos ni atenciones especiales que las verduras, legumbres y quelites que su mamá le daba de comer; y también gracias al efecto de los medicamentos anteriormente tomados, pronto se puso más esbelta y más hermosa.

Al término de un año, el hombre rico regresó por su nuera:

—Veo que aquí estás mejor, pero tenemos que volver a mi casa, que también es tuya, ya no comerás como nosotros para que no te vuelvas a enfermar. Pagaré a mi compadre para que lleve todo lo que necesites comer y que nosotros no acostumbremos. Si lo deseas, también comerás nuestros guisos, sin arriesgar tu salud. Debes confiar en nosotros, y sin pena ni miedo nos pedirás lo que gustes, porque no queremos verte triste ni enferma.

Desde aquel momento, ella comió como lo hiciera en su casa y, de vez en cuando, comía los platillos de los ricos. Y ya no volvió a enfermarse.

Versión de Amelia Castro López

LA PEREZOSA MATRICIDA

Esto le sucedió a una familia que solamente tuvo una hija, por esta condición, la mamá la consentía mucho, no hacía los trabajos de la casa y desde pequeña le gustaba salir a caminar; también iba muy seguido a la iglesia del pueblo.

La señora echaba las tortillas, lavaba la ropa, preparaba la comida y de esta manera, la niña tenía todo el tiempo para estar fuera de la casa.

La hija creció, y cierto día en que había mucho trabajo, la señora ya no pudo con tanta ropa sucia y ordenó a su hija:

—Hoy no saldrás a ninguna parte, porque hay mucha ropa que lavar y una de las dos atenderá la casa, y la otra irá a lavar. Ya mañana podrás salir si quieres.

Su hija le contestó:

—¿Por qué no puedo salir?

—Tenemos mucho que hacer y necesito ayuda —le aclaró su mamá.

Por toda respuesta, la muchacha la golpeó hasta matarla. Al ver a su madre muerta, agarró un machete y la hizo pedazos, le quitó el hígado, el corazón, echó el cuerpo despedazado en una tina y con eso preparó la comida.

Cuando su papá regresó del trabajo, la comida ya estaba lista. Con el hambre que tenía preguntó:

—¿Dónde está tu mamá?

—Ella no está, se fue a lavar ropa —le respondió la hija.

Y el papá continuó:

—¿Por qué no habrá llegado, si cuando pasé al arroyo no estaba?

Con estas palabras la hija se molestó y, muy enojada, dijo a su papá:

—¿Qué es lo que quieres?, la comida ya está lista.

—Sírvenme, porque tengo mucha hambre.

La hija sirvió la comida; y cuando el papá agarró la carne para comérsela, ésta saltó de sus manos y le habló:

—¿Por qué me quieres comer, si yo soy tu esposa?

Reconociendo la voz ya no comió y recordó que su hija nunca había preparado comida. El no sabía que su hija había matado a su mamá y la malvada le daba de comer el cuerpo. Por más que le preguntaba qué había hecho con su mamá, ella se negó a decirle la verdad.

Desconcertado y sin saber qué hacer, el papá se dirigió con el cura del pueblo; le contó lo sucedido y el buen sacerdote ofició una misa para la mujer desaparecida, y otra para la hija que no quería decir lo que había hecho. En el momento de las plegarias empezó a soplar un viento muy fuerte, se abrió el suelo donde estaba la muchacha. La tierra abierta la jaló, bajo la mirada atónita de las personas que se habían reunido. El sacerdote le dijo al papá de la muchacha:

—Debes cortar tres varas de la flor de rosa y se las das a tu hija, porque ya no hay otra cosa que hacer, ella es culpable de la muerte de su mamá, por eso la reclama la tierra.

El papá le dio a su hija las tres varas, y poco a poco ella fue succionada por la tierra, ante la admiración de la gente congregada.

Versión de Florencia López Ortiz

DOS HIJOS ADOPTIVOS

Era una familia que no tuvo hijos, por casualidad la señora se encontró con dos niños huérfanos, como su deseo era mucho, los recogió, dándoles todo su amor de madre y de esta manera crecieron. Ella les enseñaba pequeños trabajos de acuerdo a sus edades, mas pronto ellos demostraron pereza en ayudar a sus padres adoptivos.

Un día, la señora mandó a los muchachos a dejar comida a su papá, quien se encontraba trabajando entre los surcos, y ellos no quisieron ir, por lo que la mamá tuvo que llevar la comida a su esposo; ellos se encargaron de cuidar la casa. Esta situación se repetía a diario, porque los muchachos se negaban a colaborar en los trabajos de la casa y del campo.

Cuando la mamá regresaba de sus diferentes trabajos, encontraba sus cosas desordenadas y regadas por toda la casa: el huipil cortado, el telar de cintura destrozado; la maldad de los niños no tenía límites, por lo que la señora trató de obligar a los niños a que fueran a dejar la comida. Ellos siempre se negaban y para que no se quedaran solos destruyendo las cosas, se los llevaba al trabajo. Con el tiempo, ellos solos llevaban el itacate del señor, a veces les acompañaba su mamá.

En una ocasión que se fueron solos, encontraron al papá trabajando y sin más le dieron muerte; lo convirtieron en un venado, echándole sal en el cuerpo; también le echaron arañas, tarántulas, alacranes, avispas, abejones y toda clase de insectos ponzoñosos, y finalmente colocaron el cuerpo del papá a la entrada de la milpa. Terminada la obra, regresaron a la casa, al llegar le dijeron a su mamá que su padre había comido bien y así transcurrió el resto del día. Llegó la tarde y el señor no volvía, la señora, preocupada, preguntó a sus hijos en dónde se habría ido su papá y ellos negaron conocer el motivo de su tardanza. Muy afligida, la señora se fue en busca de su esposo, con la obscuridad de la noche llegó a la entrada de la milpa y gritó: "Xajuá, xajuá". Siguió caminando y llegó justo en donde estaba colocado su esposo, como si fuera el cuerpo de un venado, y debido a la obscuridad se topó con el cuerpo y se cayó junto

con él al suelo, en ese momento se escaparon los insectos que los muchachos habían colocado y le picaron por toda la piel; sintiéndose mal, ya no pudo continuar con la búsqueda y se regresó para su casa.

Una vez que llegó a su casa, pidió a los muchachos que le prepararan el *baño torito* para sacar la ponzoña de los insectos. Los muchachos rápidamente cumplieron la orden; prendieron lumbre, echaron mucha leña, atizaron el fuego, que no tardó en calentar las piedras del baño, y cuando estuvo todo preparado avisaron a su mamá que ya podía bañarse.

La señora se metió al baño y los muchachos taparon la entrada de tal manera que ella no pudiera salir. Cuando por fin terminó de bañarse, la mamá quiso abrir y por más intento que hizo, no logró salir y murió ahogada con tanto calor.

Versión de Florencia López Ortiz

LA CULPABLE DESDE UN PRINCIPIO

Voy a contarles algo que los abuelos contaron cuando yo vivía en la Mixteca Alta. Eran un señor y su esposa, vivían en una casita pobre, pero propia. Desde un principio la mujer se portaba muy mal con su esposo, lo maltrataba duramente, sin que éste comprendiera el motivo de ello.

Anteriormente los padres casaban a sus hijos e hijas sin tomarles consentimiento, era y sigue siendo la costumbre.

Antes de casarse, la mujer se había convertido en amante de un señor. El amante exigía con insistencia que se deshiciera de su esposo, y luego irían a vivir a otro lugar. Cierta día le aconsejó:

—Háblale bonito, con mucho cariño para que no desconfíe, y lo llevas en aquella peña; allí hay un agujero muy hondo. Cuando estés con él allá arriba, le dices que te gusta mucho el lugar y te sientas a la orilla del agujero; él se sentará contigo, le platicas con mucha calma y cuando veas que esté confiado y descuidado, lo empujas en el agujero.

Con esta insistencia, la señora convenció a su esposo y lo llevó al lugar indicado. Tal como lo planearon, la mujer se sentó, seguida de su esposo, le platicó con tranquilidad y cuando él se descuidó, le dio un empujón hacia el agujero, que tendría entre veinte y venticinco metros de profundidad.

Viendo la señora que su esposo había caído, se regresó corriendo para su casa. Mientras tanto, el señor detuvo su caída en una saliente del agujero, muy cerca de la base. El no murió, como su esposa quería.

Un rato después de estar ella en su casa llegó su amante, quien le preguntó:

—¿Hiciste lo que te pedí?, platicame.

La mujer respondió:

—Se cayó al agujero, pero no sé si murió o quedó vivo.

Los dos se alegraron, y al día siguiente abandonaron la casa y se fueron con rumbo desconocido.

Pasaron dos, tres días y el señor que había quedado en el agujero no encontraba la manera de salir, ni forma de conseguir alimento; sin embargo, en esa peña había nidos de cuervos, los cuales se alimentaban de elotes, mazorcas, según el tiempo. Los restos caían en el agujero o a veces, cuando pasaban volando, se les caían los elotes y las mazorcas; de esa manera el señor pudo alimentarse día con día. Así transcurrió un año.

El agujero donde había caído, era la casa de la serpiente emplumada o serpiente de la lluvia (*koo savi*); por el tiempo transcurrido el hombre se encontraba irreconocible; le crecieron las barbas, el cabello, y todo su cuerpo se cubrió de pelo muy fino. Como la serpiente tenía que mudarse del lugar, al aproximarse le habló al señor:

—Ahora saldré de aquí y te voy a ayudar para que logres salir. Si escuchas el estruendo de la lluvia, porque va a llover con viento muy fuerte, te preparas para salir. Cuando yo pase te sujetarás de mi cola, una vez afuera, rápido me sueltas y así quedarás libre.

El hombre al escuchar esto se alegró y estuvo muy atento. Llegado el momento, se elevó la serpiente emplumada y el hombre le agarró la cola. Una vez afuera se soltó, mientras que la serpiente se alejaba del lugar, seguida de muchos truenos, relámpagos, viento muy fuerte y un gran aguacero que no dejaba ver bien. La tormenta hacía que los árboles se inclinaran hasta el suelo y cuando volvió la claridad, pudo ver a su alrededor y encontró el camino por donde un año antes lo había llevado su esposa.

Fue a buscar su casita y no encontró ni rastro, tampoco encontró a su esposa ni la volvió a ver, y nadie más le dio razón de ella.

Versión de Jesús López García

EL ANIMAL DE LA LLUVIA (KOO SAVI)

Cuentan mis abuelos que este era un señor quien había ido de compras a la plaza de un pueblo vecino. De regreso, vio a lo lejos que un aguacero se había soltado, con un viento tan fuerte que tiraba árboles. Cada vez se acercaba más la lluvia; se veía muy oscura y densa, debido a la niebla allá detrás de la montaña de Yukunino, Santiago Nuyoo, Oaxaca.

El señor siguió caminando, pronto se encontró con el aguacero y se refugió al pie de un árbol. Era tal la fuerza del viento que parecía que lo lanzaba al aire.

Se estaba guareciendo cuando vio pasar arriba del árbol a un animal de muchos colores, muy bonitos, que iba entre la niebla, y conforme volaba le seguía el aguacero. En donde ya había pasado, se veían de nuevo los rayos del sol. Por fin, terminó la lluvia y el señor siguió su camino.



Los abuelos platican que muchos de ellos vieron a ese animal en diferentes ocasiones. Es el animal de la lluvia y hace que llueva; sin él, no habría lluvias. Vive en las honduras de los ríos y va de hondura en hondura, llevando el aguacero.

Cuando está cerca del pueblo, llueve muy seguido, las siembras se dan muy bien y hay buena cosecha. Cuando se aleja del pueblo, hay sequía y hambre.

También los abuelos recomiendan que se deben cuidar mucho los productos de la siembra, y todo lo que comemos del campo. No se deben pisotear ni pasar por encima, tampoco tirarlos porque son productos de la lluvia; y si logramos cuidar nuestras cosechas, el animal de bonitos colores, el animal de la lluvia, volará más seguido en nuestro pueblo.

Versión de Florencia López Ortiz

EL COMPADRE QUE SE VOLVIO SERPIENTE

Eran dos compadres que fueron a la Costa Chica arriando sus mulas. Al atardecer, después de haber caminado durante todo el día, se dispusieron a descansar para continuar al día siguiente; no llevaban qué comer, entonces uno de ellos dijo al otro:

—Recoja leña y haga lumbre, compadre, mientras tanto, voy a ver si encuentro algo para cenar.

Se fue y el otro compadre se quedó preparando lo que le había encomendado. Después de un buen rato, el compadre volvió arrastrando una enorme culebra y su compadre al verlo dijo:

—Dios santo, compadre, qué horror, qué hace usted, por qué trajo ese animal.

—No tenemos de comer y este animal vamos a cenar, en caldo lo vamos a cenar, compadre —contestó el compadre y rápido la despellejó, la hizo pedazos y preparó el caldo.

Cuando se coció la culebra, los compadres se sentaron a cenar.

—Comamos, compadre, no tenga miedo —dijo uno.

Pero como el otro estaba asustado porque nunca había comido culebra, para no desairarle, hacía que remojaba las tortillas en el caldo, mientras que el primer compadre con satisfacción remojaba sus tortillas, comía, comía y tomaba el caldo.

Terminaron de cenar y platicaron sobre el trabajo que realizarían. Luego se acostaron y poco a poco se quedaron dormidos. Después del primer sueño, todo estuvo tranquilo; se volvieron a dormir y cuando despertaron otra vez, uno de ellos daba gemidos de dolor, muy fuertes, mas el otro compadre, sin dar importancia a los gemidos pensó:

—¿Qué le habrá pasado a mi compadre? ¿por qué hará tan feo?
Y se volvieron a dormir.

Poco después los compadres despertaron. El compadre que había sentido dolor, habló:

—Compadre, ¿está despierto?

—Acabo de despertar.

—Quién sabe qué tengo, me duele mucho el cuerpo, de pies a cabeza.

—¿Qué será, pues, compadre, no creo que en estos lugares nos pase algo.

—No sé qué es, pero me siento muy mal.

Y volvieron a dormir.

Pasaron las horas y en la madrugada los dos hombres despertaron. Todo estaba en calma, no se escuchaba ningún ruido, entonces, uno de ellos habló:

—Compadre, ¿está despierto?

—Aquí estoy, compadre, ¿ya no le duele el cuerpo? no escucho sus quejidos.

—No me duele, pero no estoy bien compadre. Levántese y haga lumbre para que vea cómo he quedado, ya no soy el mismo.

El otro se levantó, encendió la fogata y vio que su compadre no tenía pies ni manos. Tenía el cuerpo redondo, la cabeza no había sufrido cambio, pero en realidad era una enorme serpiente con cabeza humana, quien presto dijo:

—Ya es hora de que se vaya, mientras, yo aquí me quedaré; cuando regrese pase por este mismo lugar, a ver si me encuentro así todavía.

El otro compadre ensilló la recua y como ya estaba cerca de la Costa, se fue solo e hizo las compras.

De regreso el arriero tomó el mismo camino, y cuando venía ya cerca del lugar en donde se había quedado su compadre, escuchó:

—Compadre, ¿ya regresó usted?

La voz venía desde una pequeña laguna que se encuentra más abajo del camino.

—Sí, compadre, ya regresé, ¿dónde está usted?

—Acá estoy, baje para que podamos platicar.

El arriero llegó a la orilla de la laguna, vio a su compadre que seguía con el cuerpo de serpiente y exclamó:

—¡En verdad!, ¿así quedó usted, compadre?

—Sí, compadre, así estoy. Vaya usted y cuente a su comadre todo lo que pasó, y dígame que venga para hablar con ella.

El arriero regresó al pueblo y fue a ver a su comadre, contó lo sucedido y le pidió que fueran a ver al compadre. Mas ella no quería creerle, ni acompañarle para comprobar si era cierto. El le insistió que fueran a la laguna, y viera personalmente lo que había pasado. Después de mucha insistencia se pusieron en camino.

Cuando llegaron a la laguna, el arriero gritó:

—Compadre, venga usted. Ya estoy aquí con mi comadre.

—Acá estoy, compadre, acérquense más —y la serpiente llegó hasta la orilla de la laguna y al ver a su esposa dijo:

—Mujer, ¿veniste a verme?

—Sí, ya estoy aquí, ¿qué te pasó?, ¡si eres tú!, ¿por qué estás así?

—Por ignorante comí cosas que no se deben de comer, ya no hay nada qué hacer, tendré que quedarme aquí; tienes que ser fuerte porque ya jamás volveré a nuestra casa; cuidas a nuestros hijos, tú sabrás qué hacer para que tengan de comer mientras crecen. Ya no me tomes en cuenta, ni pienses en mí, ya sabes que aquí me quedo, y ahora vete.

También encargó a su compadre el cuidado de su esposa y de sus hijos; se despidieron y él, convertido en serpiente, se quedó en una pequeña laguna cerca de la Costa.

Versión de Amelia Castro López

EL COMERCIANTE VIAJERO

Escuché a un señor de Santa Catarina contar a mi papá que un pariente suyo hacía viajes a la Costa. Allí compraba cosas que luego vendía en todos los pueblos que pasaba, y volvía después de un mes de ausencia.

En uno de los viajes que hizo, como siempre, dijo a su mujer:

—Te dejo este dinero, para que compres ropa, comida y todo lo que necesites. No te malpases, ya sabes que regresaré dentro de un mes.

El se fue, después de unos días, la señora se enfermó y no resistiendo, se murió. Los parientes y vecinos cercanos hicieron el bien de enterrarla, también rezaron el novenario. Cuando el comerciante volvió, le contaron que su esposa había muerto.

El, muy triste por no haberla atendido y visto morir, pasaba los días recordando a su esposa y preguntándose si todo el dinero que le había dejado se había gastado, o si algún pariente lo encontró y no lo quería entregar. Con esos pensamientos, en una noche soñó a su esposa que le decía:

—No gasté todo el dinero, lo dejé enterrado donde está la base traserera de mi metate. Si lo quieres encontrar, no busques en otra parte, porque allí lo dejé.

No haciendo mucho caso del sueño, a la siguiente noche volvió a soñar a su esposa; le indicaba ir al Pueblo de las Animas: Yuku Kása.

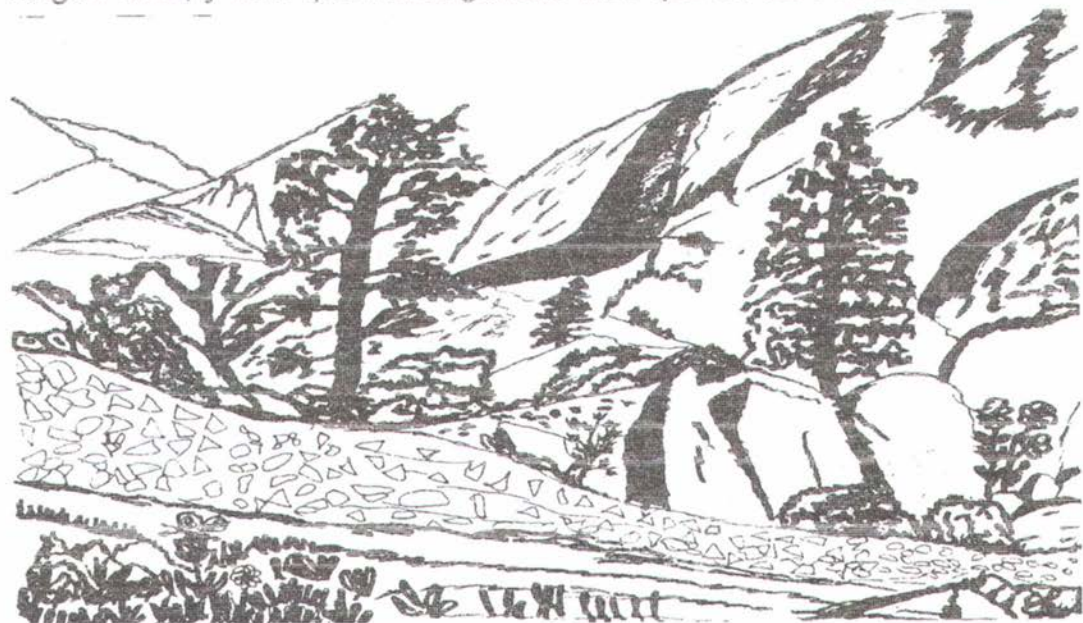
—Ven a donde estoy, esposo mío, a este Pueblo de las Animas, las personas que llegan venden cosas como tú, ganan buen dinero y regresan a sus casas. Compra todo lo que puedas, como chiles y sal, ya sabes que es un sólo camino y no te perderás. Si encuentras nuestra morada, no debes mirar a tu alrededor, tampoco levantes la vista, ni veas a nadie, pues de lo contrario, la puerta se cerrará y ya jamás volverás a salir. Mantén siempre la cabeza agachada, guíate por mi voz y trata de reconocer mis pies, si aún me recuerdas.

Después de pensarlo mucho, decidió ir al Pueblo de las Animas; si no lograba llegar, sencillamente regresaba. Se puso en camino, llevando

las cosas que iba a vender. Cuando llegó al lugar, entró; tal como le indicara en sueños su esposa, no levantaba la vista. Escuchaba las pláticas de quienes allí vivían, el canto de los gallos, y después se sentó con su tenate de chiles, y dejó en el suelo la jicara donde recibiría el dinero. Llegaron las ánimas a tomar los chiles y dejaron dinero en la jicara, hasta que reconoció los pies y la voz de su esposa:

—Ya vendiste todo, es hora de que vuelvas a la casa, pues si te quedas, en un momento más, se cerrará la puerta y ya no podrás salir. Tal día llegaré a la casa, matas pollo y haces comida; también preparas el baño torito y juntos nos bañaremos.

El se despidió y dijo que la esperaba el día acordado. Regresó a su casa; más tarde, al contar el dinero vio que dentro del tenate no quedaba ningún chile, y notó que había ganado más que en las ventas normales.



Llegado el día, el señor pidió a una comadre que le ayudara a preparar la comida, mientras él preparaba el baño torito. Hecho todo, ambos se dispusieron a esperar a la esposa. El veía el camino que conduce a Yuku Kása, pues el baño se había calentado demasiado. En ese momento, reconoció a su esposa que venía a lo lejos y pensó:

—Ya viene, es ella, por su forma y vestido que trae la reconozco.

La figura llegó a una hondonada del camino; el esposo cubrió el baño, la esposa ya no tardaría en llegar. Esperó buen rato, miró otra vez el camino y ya nada alcanzó a ver; pensó: "ya debería haber llegado, pues no está tan lejos el recodo en donde la ví hace rato, cuando tapé el baño".

Como estaba muy caliente el baño torito, se metió a bañar para que no se quemara el petate; después salió a descansar en otro petate, cerca del baño, como es costumbre. En ese momento, escuchó que alguien se bañaba, se oían los golpes en el baño y pensó: "¿cómo no me habló? a lo mejor quiere verme hasta después del baño".

Y con ansiedad hizo una rendija para ver adentro, y lo que miró fue una enorme serpiente dándose el baño torito, y se golpeaba con la cola. Espantado, comunicó lo que estaba pasando a la comadre y los dos vieron cómo la serpiente salió del baño, se metió a la cocina y de allí se fue cuando él y su comadre se disponían a comer. Días después, el hombre escarbó en donde estuvo la base trasera del metate de su difunta esposa, y encontró el dinero que ella había escondido.

Versión de Modesta Aparicio Chávez

LOS COMPADRES RICO Y POBRE

Estos eran dos compadres que se llevaban muy bien, uno era pobre y el otro rico. Cierta día, el compadre que era pobre fue a trabajar con su compadre rico, así trabajando llegó a una esquina del potrero y encontró un lugar que sonaba raro y pensó:

—Seguro aquí hay dinero, daré aviso a mi compadre para que lo venga a sacar.

Y es que él era un hombre muy flojo, no le gustaba trabajar. Ese día su esposa le había dicho :

— Vete a trabajar, estamos muy necesitados, no tenemos siquiera para comer. Mira a nuestros hijos que no tienen ropa, no tienen calzado y tú no quieres trabajar.

El había contestado como todos los días:

— No te preocupes, que cuando Dios quiere dar, hasta por la ventana lo echa.

Ese día se le iba a conceder, porque fue a avisar a su compadre que en la esquina del potrero había un lugar que sonaba raro, y probablemente había dinero. El rico, que era muy ambicioso, esperó a que se fuera para luego llamar a sus peones, quienes escarbaron el lugar y sacaron cuatro barriles. Más tarde el hombre rico retiró a sus peones, destapó los barriles y le pareció que contenía excremento, porque no era su suerte. De esa manera cargó dos mulas con los barriles y dijo molesto:

—Mi compadre es un mentiroso. Para que no me vuelva a engañar, voy a devolver los excrementos a su casa.

Con la noche encima llegó a la casa del compadre y vació los cuatro barriles por la ventana. Su comadre, que estaba despierta, escuchó ruidos muy fuertes y trató de despertar a su esposo. El respondió que no hiciera caso del ruido.

Cuando amaneció, el compadre pobre fue al lugar donde había escuchado el ruido en la noche, y vio que cerca de la ventana había gran cantidad de dinero. Buscó a su esposa y sonriendo le dijo:

—¿Ves?, cuando Dios quiere dar, hasta por la ventana lo echa.

Versión de Florencio Crestón de la Garza

CHE PLÁTANO

Sucedió en la comunidad de San Isidro Zafra, Putla de Guerrero, Oaxaca. En esa comunidad vivía un señor que se llamaba José, quien se ganó el mote de Che Plátano porque le gustaba robar ejotes, calabazas, racimos de plátano y todo lo que se daba en las cosechas.

En cierta ocasión, un señor hizo un rozo para sembrar maíz de temporal. Cuando creció la milpa, también se dieron ejotes y calabazas; y Che Plátano iba día con día a la siembra.

Pasado un tiempo, el dueño del sembradío no soportando más el robo de sus productos, fue a buscar a una persona que supiera hacer trampas para atrapar venado.

El campesino se imaginaba quién era la persona que le robaba, mas no lo había comprobado. Sus amigos le indicaron a un señor trampero y él le pidió de favor que le hiciera una trampa para venado; el señor aceptó y se dirigieron a la siembra, buscaron donde entraba el ladrón y allí dejaron la trampa.

En esa noche, Che Plátano entró a la siembra y en la oscuridad no vio el aro de la trampa, y cuando se dio cuenta la gaza que tenía el mecate ya le había agarrado medio cuerpo, levantándolo hasta arriba, mas él no soltó el machete y cortó el lazo; al liberarse cayó al suelo, tirando los ejotes que había cortado. Al día siguiente, el dueño de la siembra llegó muy temprano y encontró los ejotes regados y dijo:

--Había caído en la trampa y logró escapar.

Fue nuevamente con el trampero y éste puso la trampa en otro lugar. Che Plátano también buscó otra entrada y fue a dar precisamente en la trampa que le habían dejado: en esta ocasión el lazo lo sujetó de una pierna, llevándolo a la punta de la vara y Che quedó colgado en vilo. Así pasó la noche.

Al otro día, cuando llegó el dueño, viendo al ladrón colgado le gritó:

—¡José!, así que eres tú quien se roba los productos de mi siembra.

José le contestó:

—Sí, soy yo, pero bájame, por favor.

Pese a la súplica, el señor lo dejó colgado y fue en busca de las Autoridades, para que bajaran a José.

Las Autoridades bajaron a José y le pidieron que pagara la multa y los daños. El pagó todos los daños, y desde aquel día la gente se dio cuenta que Che Plátano era quien cosechaba lo que otros habían sembrado.

Versión de Florencio Crestón de la Garza

LA CUEVA DEL ENCANTO

Sucedió en un lugar de Putla, Oaxaca, conocido como el Encanto, que es un cerro grande. Allí hay una cueva que está marcada, mas no se distingue muy bien. En ese lugar bajan los venados y el ganado a comer; las personas que saben que allí llega el venado, van a cazarlo.

Cierto día dos amigos fueron a visitar la cueva; al llegar la encontraron abierta, pues ellos sabían que la entrada se abre en los días viernes, al medio día, los Viernes Santo, Sábados de Gloria o al principio del Año Nuevo.

Los dos amigos entraron y después de haber caminado un buen rato, uno de ellos comentó:

—Ya caminamos mucho y no es posible seguir, está muy feo y oscuro, creo que ya entró la noche.

El otro contestó:

—Vamos a seguir caminando.

—Sigue tú solo, yo me regreso.

Y regresó a su casa. Cuando llegó se dio cuenta la esposa de su amigo y ella preguntó por su esposo. El contestó que se había quedado en la cueva del Encanto y que no quiso regresar. Con tales palabras la señora se molestó mucho, no creyó y fue a demandarlo ante las Autoridades para que le entregara a su esposo. Pasaron los días y el marido no apareció, ya que se había quedado en la cueva del Encanto.

El amigo iba seguido a los alrededores de la cueva, y a los tres años llegó cerca y vio sentado junto a la puerta a su amigo, a quien habló:

—¿Qué pasó, amigo?, siempre he venido a buscarte para ver si te encontraba, pues tu familia quiere que yo te devuelva y no se ha podido, porque tú te quedaste en esta cueva. Ahora que ya te encontré nos vamos a la casa.

El otro desistió en regresar y él le siguió diciendo:

—Vine a buscarte, y si no quieres regresar, te llevaré de todas maneras.

Lo agarró fuertemente del brazo, lo jaló y se lo llevó, diciendo:

—Vamos, para que hables con tu esposa y tus familiares, ellos están muy disgustados conmigo, hasta me han querido matar, y después, si no te quieres quedar con ellos, te regresas; lo que ahora interesa es que se den cuenta que estás vivo y que te habías quedado en la cueva por tu propia voluntad.

—Cómo voy a irme si yo aquí estoy bien, y cómo es que me andan buscando y están molestos, si apenas hace tres horas que nos vinimos de la casa y me quedé solo.

—No son tres horas, sino tres años los que han pasado y tú piensas que son tres horas, ahora vámonos y comprobárs lo que te digo.

Y así regresaron a la casa; cuando llegaron, el amigo perdido habió con su esposa y sus parientes, a ellos les dio mucho gusto su regreso.

El les contó que donde había estado hacían una gran fiesta y la pasó muy bien. Cuando su esposa los llamó para que comieran, él no quiso comer porque la comida tenía sal, y las comidas que había probado dentro de la cueva no la tenían.

Versión de Florencio Crestón de la Garza

LOS CHANEQUES

Sucedió en la comunidad de Santa Rosa, Chacahua, Puerto Escondido, Oaxaca. Había en ese lugar una madriguera de duendes, conocidos también como chaneques; eran muy maldosos, hacían daños y travesuras a cualquiera. Entre muchos iban y prendían fuego a las casas, a los potreros, mataban ganado y hacían cosas insoportables.

Un día, los chaneques se encontraron con un rico de Chacahua, lo agarraron y le pidieron que les hiciera una fiesta grande, junto a la cueva donde ellos vivían, porque allí había una piedra muy grande en forma de mesa y a la vez como cancha; el hombre rico no quería hacer la fiesta y los chaneques le advirtieron que si no la hacía, matarían todo su ganado y quemarían las casas de los demás vecinos. El señor rico, pensándolo mejor, prometió hacerles la fiesta y ellos le exigieron que llevara a un conjunto tropical, que en aquel tiempo tenía muchos éxitos, y a una orquesta, que también era de Chacahua.

El hombre invitó a los vecinos, hubo comida y bebida en abundancia; la gente bailó mucho en la fiesta, que duró ocho días, también los chaneques disfrutaron bastante y quedaron conformes con el hombre rico; ellos cumplieron su promesa de no perjudicar más a la comunidad.

Versión de Florencio Crestón de la Garza

UN DESCONOCIDO

Cierto día yo venía caminando en una carretera, había ido al pueblo a pasear y oscureció. De regreso, habré caminado como unos quinientos metros y cuando pasaba sobre un puente se me apareció un hombre chaparro que vestía pantalón blanco, camisa blanca y sombrero de tres picos. El extraño se me acercaba más y más, así seguimos un buen rato, cuando estuvo muy cerca quiso golpearme; me alejé y vi que no se apartaba, entonces lo empecé a golpear, pero no lo tocaban mis golpes, porque al instante se alejaba de cinco a seis metros, como si el aire se lo llevara. Así caminamos un buen tramo y mis golpes no le tocaron.

Cuando llegamos a las primeras casas de la comunidad en donde yo vivía, corrí a una de ellas con la intención de pedir un machete; se negaron a prestármelo, y en ese momento me di cuenta que aquel hombre había desaparecido.

Seguí mi camino y llegando a una tienda se me acercó un hombre desconocido; como yo iba muy enojado lo empecé a golpear, luego salieron unos compañeros que estaban tomando, y nos separaron. Los señores me reprendieron por haber golpeado al desconocido, pues no había sido él quien me había provocado en el camino.

Florencio Crestón de la Garza

UNA PROCESION

Este era un pueblo que sufría por falta de agua. Hacía mucho calor y las siembras ya se estaban secando. Cierta día, la gente se reunió y tomaron el acuerdo de sacar a la Virgen María a una procesión; unos comprarían flores, otros; cohetes. Ellos tenían fe y creían en Dios. Al día siguiente fueron a hablar con el párroco del pueblo.

—Buenos días le dé Dios, señor cura —saludaron— y el sacerdote les respondió:

—Buenos días, hijos míos, ¿en qué puedo servirles?

—Queremos que nos autorice llevar a la Virgen María a una procesión. No quiere llover, las siembras se están secando y necesitamos agua —dijo uno de ellos.

Y el sacerdote respondió:

—Veamos, a la Virgen María no la pueden llevar, la acaban de restaurar y como se acerca la fiesta patronal, que es su fiesta, no podrán llevarla.

—Padre, háganos el favor, estamos sufriendo.

—Les digo que no la pueden sacar, mas si lo desean, pueden llevarse al Niño Jesús.

Así la gente aceptó llevar en procesión al Niño Jesús, ya que se acercaba la fiesta patronal y el cura no autorizó la salida de la Virgen María.

La gente adornó la litera de la procesión y acordó el lugar del recorrido; iban a medio camino cuando empezó a llover con truenos y relámpagos; la tormenta quebraba las ramas, tiraba los árboles y por fin regresaron a la iglesia, en medio de la lluvia y de los destrozos.

Al día siguiente, la gente fue a ver de nuevo al sacerdote. Después del corto saludo le dijeron:

—Señor cura, venimos a que nos haga otro favor. Quisiéramos llevarnos a la Virgen María.

—¿Otra vez?, acuérdense que ya sacaron al Niño Jesús y no pueden llevar a la Virgen.

Para sorpresa del sacerdote, el más viejo de ellos le respondió:

—Señor padre, precisamente queremos llevar a la Virgen María para que vea la travesura de su hijo.

El sacerdote, indignado, elevó una plegaria al cielo; luego se dirigió a su curato, siempre bajo la mirada indefinida de la gente del pueblo.

Versión de Florencio Crestón de la Garza

EL ARRIERO Y EL POSADERO

Un arriero fue al pueblo a comprar mercancías. Hacía mucho que él vivía en su lejano rancho y periódicamente iba al pueblo a realizar las compras. Ese día, comprando se le hizo tarde, y de regreso entró la noche y tuvo que quedarse a medio camino, con los animales que arriaba.

En el lugar había una casa y el arriero pidió permiso para dormir allí. El dueño lo acomodó en el corredor de la casa, y dejó abierta la puerta del recinto en donde estaban sus Santos, venerados por los caminantes. El arriero se levantó muy de madrugada y ensilló los animales; les echó la carga y como en la noche ya había visto los Santos, entre los que resaltaba San Antonio, entró al recinto, los agarró y los echó al morral. Ya disponiéndose a partir, le habló al dueño de la casa:

—Ya me voy, señor.

Desde adentro, el dueño le contestó:

—Que le vaya bien, y que Dios lo acompañe.

Y el arriero se despidió:

—Sí, igualmente que Dios se quede con ustedes, y los Santos se van conmigo.

En ese momento intervino la esposa del posadero, quien le dijo:

—Oye, tú, qué bonito se despide el señor, dile que lo repita porque no le has escuchado.

Y su esposo se dirigió al arriero:

—¿Cómo dijo usted?

—Que Dios se quede con ustedes, y los Santos se van conmigo.

El dueño de la casa agregó:

—Bueno, que le vaya bien.

El arriero se fue y cuando amaneció completamente, la mujer del posadero comentó:

—Qué bonito se despidió el señor, nunca habíamos escuchado una despedida así, veremos hasta cuándo vuelve otra vez.

Más tarde, entraron al recinto para apagar las veladoras de la noche, mas el lugar que ocupaban los Santos estaba vacío, ya no los encontraron. Con extrañeza, la señora dijo a su esposo:

—Oye, tú, en verdad el señor se llevó los Santos, con razón decía: "Dios se quede con ustedes, y los Santos se van conmigo".

LA VIRGEN DE LAS NIEVES

Los antepasados dejaron dicho que en un pueblo llamado Juxtlahuaca, Oaxaca, que se ubica en la Mixteca Baja, allá por los años de 1500, un matrimonio tuvo dos hijos: un niño y una niña.

Los niños fueron creciendo, y los padres les encomendaron la tarea de cuidar guajolotes, único sustento de la familia, que era muy pobre.

Años más tarde, comunicaron a sus padres que en donde cuidaban las aves llegaba una señora muy amable y risueña. Ella les hablaba con palabras muy dulces. Cuando los visitó por primera vez, les preguntó sobre el trabajo que estaban haciendo; ellos le contestaron que cuidaban guajolotes. La señora también les preguntó si tenían hambre, y les ofreció comida, que los niños aceptaron con mucho gusto. Más tarde los invitó a su casa, que estaba cerca de allí.

Los padres no dieron importancia a lo ocurrido, y cierto día los niños ya no volvieron. Fue entonces que los padres recordaron el relato y se pusieron a buscar a sus hijos, preguntaron a las personas, buscaron en los recodos y en otros lugares; no los encontraron y se quedaron muy tristes.

Así pasaron los años, y un día cinco del mes de agosto, apareció en el hueco de una roca la estampa de una Virgen; junto a la Virgen estaban los dos niños con sus guajolotes.

La población construyó una iglesia para la Virgen de las Nieves y hasta la actualidad, año con año, celebran la fiesta de su aparición.

Versión de Viko Savi

SANTO TOMAS DE AQUINO

De Santo Tomás Ocotepec, Tlaxiaco, Oaxaca, mis abuelos me contaron que cuando las personas pasaban enfrente del templo de Santo Tomás de Aquino, tenían que volver la cabeza hacía el templo. Las personas que no hacían esto, se les volteaba la cabeza y ya no podían ver hacia adelante. Los señores que llevaran puesto el sombrero, debían quitárselo si pasaban frente al templo, si no lo hacían, todo el tiempo tenían que llevar el sombrero sobre la cabeza.

Se dice que este Santo un día se fue al lindero de los pueblos de Santa María Yucuhiti y de Ocotepec; en ese lugar hay una cueva muy grande y ahí se quedó el Santo.

Con el tiempo, los señores fueron a esa cueva para verlo y ya no regresaron más, fueron los músicos y tampoco regresaron, por este motivo dejaron de ir a la cueva y se olvidaron del lugar.

Alberto Avendaño Cruz

LA VIRGEN DE PUTLA

Los abuelos me contaron que donde se ubica el panteón de Putla, Oaxaca, apareció una Virgen. Según ellos, es la Virgen de la Natividad, Patrona de Putla.

En aquel tiempo, el lugar era una montaña. La gente iba allí a recoger leña.

En cierta ocasión, una señora fue a recoger leña y encontró una figura. Para ella era una muñequita, la estuvo mirando y acariciando. Mas no se sentía satisfecha en dejarla allí, en la montaña, y fue al centro del pueblo, a contar a los vecinos lo que había visto.

En ese tiempo, Putla era un pueblito que tenía pocas casas; los vecinos al escuchar a la señora, fueron a buscar la figura. Al encontrarla se dieron cuenta que era una Virgen, y entre todos la llevaron a la capilla.

El sacerdote y la Autoridad Municipal, indicaron que estuviera en esa capilla y que iba a ser la Patrona de Putla. Al mismo tiempo, la gente acordó que el lugar donde había aparecido se hiciera Panteón Municipal.

Así quedó la leyenda de lo ocurrido en los primeros años de la fundación de Putla, Oaxaca.

Florencio Crestón de la Garza

LA PEÑA DEL NAHUAL

Cuando yo era pequeño estuve viviendo en el pueblo de Santo Tomás Ocotepec, Tlaxiaco, Oaxaca; en aquellos tiempos los abuelos me contaron que se subían en una peña altísima y apreciaban todo el llano de Pinotepa, yo no tuve la oportunidad de ir personalmente.

Un día vino el nahual y le metió cuñas alrededor. Decían también que algún día el nahual iba a regresar para llevársela, porque sus señas ya le había puesto.

Así me contaron los abuelos, yo esperaba que el nahual se llevara la peña; actualmente sigue fija en su lugar.

Alberto Avendaño Cruz

PORTADOR DE VIRUELA

Mi mamá me contó que hace muchos años en la Mixteca Alta, hubo una epidemia de viruela. Antes de que llegara la enfermedad, había pasado un señor, ya viejo, cargando un tenate y anduvo de casa en casa, pidiendo comida. Algunas familias le regalaron tortillas, chilacayotes, calabazas, mazorcas, huevos; pero hubo familias que no le dieron nada, mas a él no le importó y siguió su camino hacia otros pueblos.

Días después, la gente se enfermó de viruela, la piel se les infectaba horriblemente, era notorio que donde las familias habían regalado comida al viejo, se enfermaron, pero no murieron, y donde las familias nada le dieron, fallecieron todos a causa de la viruela.

De viruela falleció mi abuelo y justo en su novenario murió mi abuela, quedándose huérfana mi mamá cuando tenía un año de edad. La recogió su madrina y con ella creció, cuando se hizo grande murió su madrina y fue a vivir con unos tíos. Mi mamá me recomendó que debemos ser caritativos cuando tenemos comida que bien podemos compartir.

Florencia López Ortiz

LAS LANGOSTAS

Mi abuela siempre contaba a mi mamá hechos ocurridos en su infancia. En aquellos tiempos la tierra era muy buena, cuando los hombres sembraban maíz, siempre tenían buena cosecha; también sembraban frijoles, calabazas, chilacayotes, chiles y habas, entre otros. Mas hubo un tiempo en que no se sabe de dónde vinieron nubes de langostas, que empezaron a comer las hojas de las plantas; siguieron con la milpa y se comieron hasta las cañuelas.

La gente atrapaba a las langostas y se las comía, pero aún así no se acababan y se hicieron más. Pasó poco tiempo y éstas acabaron con las siembras; ese año hubo escasez de alimento.

Por el daño que causaron los insectos, la gente buscó otro alimento, como el nopal y otras semillas que no sabían comer, con tal de no morir de hambre.

Al siguiente año, los campesinos volvieron a sembrar y cuando las plantas iban creciendo, otra vez volvieron las langostas y acabaron con todo el sembradío, hasta con los montes y arbustos acabaron. Así pasaron varios años sin lograr ninguna cosecha. Hasta que las langostas, poco a poco se fueron retirando o se acabaron de morir, mas los hombres se dieron cuenta que la tierra ya no producía. Sembraban y sembraban y la cosecha ya no se daba bien, y con este nuevo problema, los campesinos se dispersaron a otros lugares en donde la tierra fuera buena para vivir.

Versión de Florencia López Ortiz

EL LEON Y EL VENADO

Mi abuelo me contó que en una ocasión fue a trabajar con sus compañeros a un lugar llamado Xintika, Yucuhiti, Oaxaca. Al atardecer se quedaron en una casita muy sencilla, hecha de jonote. Ya oscuro empezó a llover mucho y como a la media noche, se escucharon ruidos y golpes muy fuertes que les hizo despertar. Parecía que provenían de una loma, y rápidamente se acercaban a donde los compañeros de mi abuelo se encontraban. Justo detrás de la casita, gritó un venado al desplomarse.



Entonces, con la carabina, única arma que tenían, uno de ellos disparó al aire en la dirección del grito. Con el disparo, vieron a un león que pasó huyendo muy cerca.

Luego que prendieron lumbre a los ocotes, fueron a asomarse detrás de la casita y más lejos encontraron a un venado ya muerto. Contentos, lo llevaron a la choza y allí lo alinearon.

Cuando el sol salió, sacaron los tasajos a secar. Así comieron carne de venado como nunca lo habían hecho.

Jesús López García

EL TEMBLOR

Yo soy originaria de Santa María Juquila, Tlaxiaco, Oaxaca; de mi infancia recuerdo que en una ocasión fui al campo a cuidar chivos con mi mamá. Llegamos al pie de una peña, mientras los chivos pastaban, mi mamá se sentó a tejer con el telar de cintura que llevaba.

Serían como las diez de la mañana cuando escuchamos el cencerro de los chivos, que ya sonaba lejos, me fui corriendo a regresarlos, porque había suficientes arbustos para ellos. En ese momento empezó a temblar, con el fuerte movimiento de la tierra ya no pude caminar y caí al suelo; escuché el balido de los chivos, el mugido del ganado; unos trataban de juntarse y otros corrían, espantados por el temblor. En seguida escuché un estruendo en las peñas, de allí se desprendieron unas rocas que rodaron hacia donde yo me encontraba.

No me alcanzó ninguna piedra, pero me asusté mucho, al igual que mis chivos, los cuales se juntaron en donde yo me encontraba tirada.

Ahora lo recuerdo muy bien, y no se me va a olvidar.

Florencia López Ortiz

LOS COYOTES

Mi infancia la viví en Santo Tomás Ocotepec, Tlaxiaco, Oaxaca; en aquel tiempo había muchos coyotes, que aullaban por el norte, por el sur, por el este y también por el oeste.

En las tardes, mi papá me encargaba hacer mandados y yo le contestaba:

—Al mandado no voy, aullan mucho los coyotes y tengo miedo. Mañana sí iré, como a las diez de la mañana o doce del día.

Mi padre comprendía mi temor, y al otro día yo tenía que cumplir con los encargos.

Cierto día, un primo hermano que era topil en Santo Tomás Ocotepec, por las comisiones que debía realizar, regresó a su rancho como a las diez de la noche, traía un machete para defenderse y en el camino se encontró con tres coyotes que lo atacaron.

Con el machete se defendía, pero no lograba alcanzar a ninguno y pronto uno de los coyotes lo desarmó, llevándose el machete. En ese instante llegó un señor, quien lo defendió de los animales que huyeron en la oscuridad.

Así pudo regresar mi primo, sin mayores problemas, sólo con el susto que en esa noche le dieron los coyotes.

Alberto Avendaño Cruz

EN UN DESMONTE

Cuando llegamos a esta tierra del Istmo de Tehuantepec, Oaxaca, la manera de trabajar es diferente a la región Mixteca Alta, que es nuestra tierra.

Hubieron accidentes en el trabajo. Recuerdo que me encontraba trabajando con dos compañeros, aquí en la Colonia Istmeña Sección El Zapote, Oaxaca; estábamos en un terreno con mucha pendiente, era muy accidentado el lugar, y teníamos que sembrar maíz de temporal. En ese tiempo levantábamos buenas cosechas, mis dos compañeros estaban arriba de la pendiente; yo me encontraba abajo, justo a la mitad de un tronco de paque, que es muy duro de cortar. El tronco estaba horizontalmente en la pendiente, corté uno de los arbolitos que lo detenía y se vino rodando hacia donde yo me encontraba. Como pude di un salto hacia atrás, luego di otro y así seguí saltando hacia atrás, calculando por donde pasaría el tronco.

No sé cómo, pero creo que la suerte me ayudó porque en los saltos que di, no tropecé con ninguna rama, ni me enredé en los bejucos que allí se encontraban. Fue espantoso ver el tronco que venía rodando hacia mí.

Ha sido una de las cosas que me pasaron en esta tierra del Istmo, y que no voy a olvidar.

Jesús López García

POR MI TRISTEZA

Me pasó cuando se murió el papá de mis hijos. Me sentía muy triste y me fui a mi pueblo natal, en Santo Tomás Ocotepec; estando allá, empecé a tomar pulque, pues me dijeron que era bueno para olvidar las penas. Seguí tomando y me di cuenta que emborracharme no me ayudaba, al contrario, acrecentaba mi sufrimiento, pero no podía dejar de tomar. Después, no sólo era pulque, sino también aguardiente. Llegó un momento en que no me daba cuenta de lo que hacía. Mi alegría era por un rato, me ponía a cantar, a bailar sola, a veces me ofendían o yo ofendía a las personas, sin darme cuenta del daño que estaba causando a los demás y a mí misma.

Mis parientes y compadres me aconsejaron que dejara el vicio; así un buen día me puse a pensar y a reflexionar, y por voluntad propia dejé de tomar.

Ahora si alguien me ofrece un trago no lo acepto, porque sé lo difícil que es pasar por una situación así. Cuando veo que alguien toma, sé que esa borrachera no es buena, porque hace que uno pierda la memoria y cometa muchos errores; lo único importante es que por voluntad de uno mismo se quite esa enfermedad, porque el alcohol a la larga mata, y de nada vale tomar medicamentos.

Fuerza de Voluntad

COMUNIDAD DE LAZARO CARDENAS

Yo soy originaria de un pueblo llamado Santo Tomás Ocotepec, Tlaxiaco, Oaxaca; me vine al Istmo por mi pobreza y no por gusto; nos hacía falta maíz, dinero, tierra y otras cosas más.

Mi papá me casó muy joven, yo tenía apenas quince años; ya casada viví un año con mi esposo en Ocotepec; luego nos vinimos al Istmo de Tehuantepec.

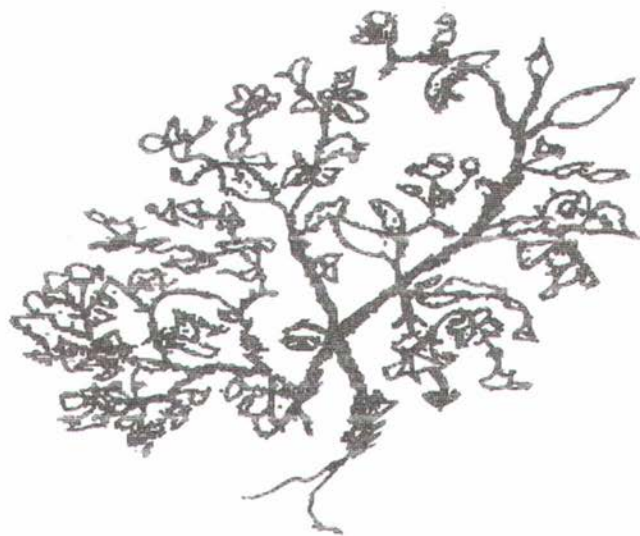
Llegamos a la comunidad que actualmente se llama Colonia Istmeña Sección El Zapote, en donde estuvimos cuatro años en la casa de un vecino.

Mi esposo supo que repartían tierras y nos salimos de la comunidad El Zapote, en donde viven los vecinos del pueblo de Santa María Yucuhiti, Tlaxiaco, Oaxaca. Recuerdo bien que era por el mes de mayo, hacía mucho calor, yo me traje dos cochinitos y llegando a la orilla del río se murió uno; como no teníamos dónde vivir, nos estuvimos al pie de un árbol; poco a poco mi esposo hizo una casa y las demás personas también hicieron sus casitas, pero en ese lugar nos enfermamos mucho de paludismo, se murieron varios niños y no había manera de controlarlo, porque estábamos muy cerca del río y había mucha montaña. Un día los señores se reunieron, y con el acuerdo que tomaron, salimos de nuestra primera comunidad y llegamos a esta loma, en donde actualmente vivimos. Este lugar se llama Ejido Lázaro Cárdenas y aquí hemos estado bien, gracias a Dios.

Ana Cortés García

EL CHILE PIQUIN

En un Curso-Taller de salud que se efectuó en Tehuantepec, Oaxaca, después de la presentación de los grupos por parroquia, iniciaron los trabajos, coordinados por un reconocido médico. Yo estaba muy atenta a las intervenciones, cuando me distraje por la conversación de una pareja que estaba a mi lado, observé a los jóvenes y vi cuando el muchacho regaló un chile piquín, o chile de árbol, que es silvestre en esta zona. La muchacha muy agradecida aceptó el obsequio, que era como un botón rojo. Por su vestido y por sus modales, ella provenía de una familia acomodada, y posiblemente no conociera el chile piquín, que se puede confundir con cualquier fruto pequeño o semilla.



Por curiosidad seguí observando a la joven, para ver qué hacía con el chile; lo llevó a la nariz para olerlo, jugueteó con él un rato y de pronto lo llevó a la boca para darle una mordida. ¡Qué sorpresa! Ella no sabía si reír o llorar, pues este tipo de chile es de los más picosos, aunque sea muy chico su tamaño. Ya con lágrimas en los ojos, ella preguntó al muchacho qué le había regalado. El afirmó que un chile piquín, y muy enfadada, la muchacha se levantó de su lugar y se dirigió al lavabo.

Pasarían unos quince minutos cuando ella regresó a su lugar, para recoger sus cosas y decir al muchacho que no le perdonaba. El suplicó que lo disculpara, pues se lo había dado pensando en que conocía el chile piquín, mas ella fue a sentarse a otro lugar. Y en los dos días más que duró el Taller, los vi alejados. Ella siguió enojada y así terminó el Curso-Taller.

Judith Espiga Azul

INDICE

Presentación	III
Prólogo	V
El jornalero	9
El huérfano	11
El mentiroso Pedro de Mala y el cura	14
El mentiroso Pedro de Mala y los diablos	16
Juan Perezoso	18
Una historia en un libro	20
El conejo y el muñeco de cera	24
El conejo, el burro y el cocodrilo	27
El conejo y el coyote	29
El coyote enfermo	32
Trocolín	35
El coyote sin cuero	37
La pichuaca y el pájaro carpintero	38
El tejón viejo	39
El zopilote y el holgazán	41
El maguey	44
Yosonicaje	46
Los niños huérfanos	48
El papá borracho	50
Un hombre que no dejó a su hija casarse	51
La nuera pobre	52
La perezosa matricida	54
Dos hijos adoptivos	56

La culpable desde un principio	58
El animal de la lluvia (<i>Koo Savi</i>)	60
El compadre que se volvió serpiente	62
El comerciante viajero	65
Los compadres rico y pobre	68
Che Plátano	69
La cueva del Encanto	71
Los chaneques	73
Un desconocido	74
Una procesión	75
El arriero y el posadero	77
La Virgen de las Nieves	78
Santo Tomás de Aquino	79
La Virgen de Putla	80
La peña del nahual	81
Portador de viruela	82
Las langostas	83
El león y el venado	84
Ei temblor	85
Los coyotes	86
En un desmonte	87
Por mi tristeza	88
Comunidad Lázaro Cárdenas	89
El chile piquín	90

*Ven... te contaré lo que dice el viento, se terminó de
imprimir en febrero de 1996, en el CEDES-22, Oaxaca, Oax.
El tiro fue de 300 ejemplares.*



Centro de
Información y
Documentación

Alberto Beltrán



008188

Algunos problemas de las literaturas indígenas referidos a su producción, circulación, reconocimiento, respeto y disfrute, son los mismos problemas que enfrentan a nivel nacional las culturas de los pueblos indígenas de México.

La presente muestra de literatura mixteca nos permite conocer distintos aspectos que se refieren a la manera como los pueblos mixtecos, particularmente los que habitan el Istmo de Tehuantepec, entienden el mundo y sus cosas visibles e invisibles; las normas y patrones de comportamiento individual y colectivo, las relaciones personales, interfamiliares e intercomunitarias; las formas de organización social y política de dichos pueblos, y demás manifestaciones de la cultura mixteca.

El trabajo de recopilar, traducir del mixteco al español y corregir los cuentos, mitos, leyendas y anécdotas que integran este libro que hoy tienes en tus manos, fue realizado por el grupo cultural *Ñun Savi*, de la Colonia Istmeña Sección El Zapote, Matías Romero, Oax.; y se publica con el apoyo de la Unidad Regional Oaxaca de Culturas Populares, el Centro de Estudios y Desarrollo Educativo de la Sección 22 del SNTE (CEDES-22) y el Programa de Apoyo a las Culturas Municipales y Comunitarias (PACMYC).